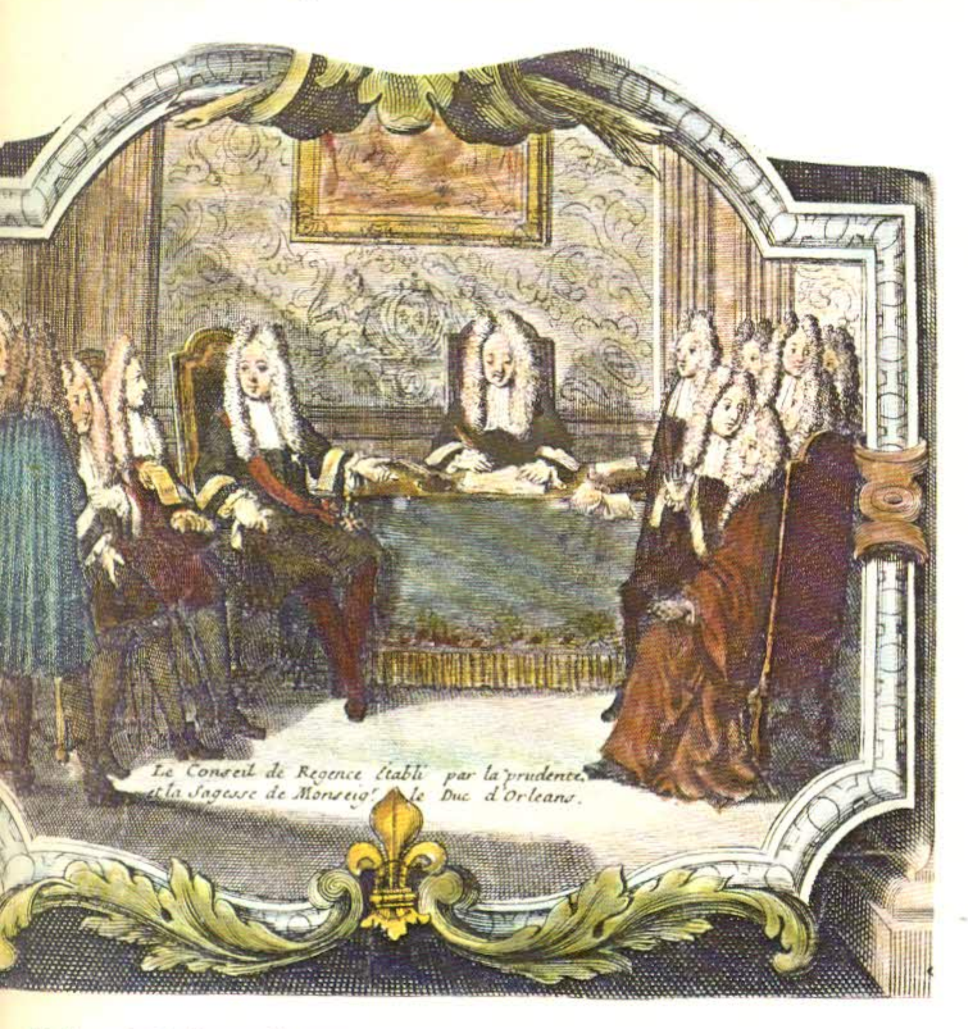


El regente Felipe de Orleáns con el pequeño Luis XV en su gabinete de trabajo (cuadro de escuela francesa del siglo XVIII; Museo de Versalles). Felipe de Orleáns, regente a la muerte de Luis XIV, dejó que el abate Dubois rigiera su política exterior y prestó apoyo, en lo económico, a los planes financieros de Law.

El "Siglo de la Filosofía". Voltaire y Rousseau. La Enciclopedia

El siglo XVIII, acaso porque no tuvo grandes y verdaderos filósofos, fue un "siglo de filosofía". Todo el mundo se creyó con derecho a filosofar, propugnando panaceas para el estado. Con ellas se podían remediar todos los males económicos y acabar con todas las injusticias sociales. Las filosofías o seudofilosofías del siglo XVIII tendrán muy poco de filosófico, pero trajeron la revolución. Aunque fueran utópicas, las gentes podían comprenderlas. Embriagados de filosofía, los pueblos, sin reparar en daños, se lanzaron a la ardua tarea de configurar un nuevo régimen. En la segunda mitad del siglo se rebelaron las colonias americanas, y del año 1789 es la convocatoria de los Estados Generales por Luis XVI, con la que en realidad comienza el período revolucionario en Francia.

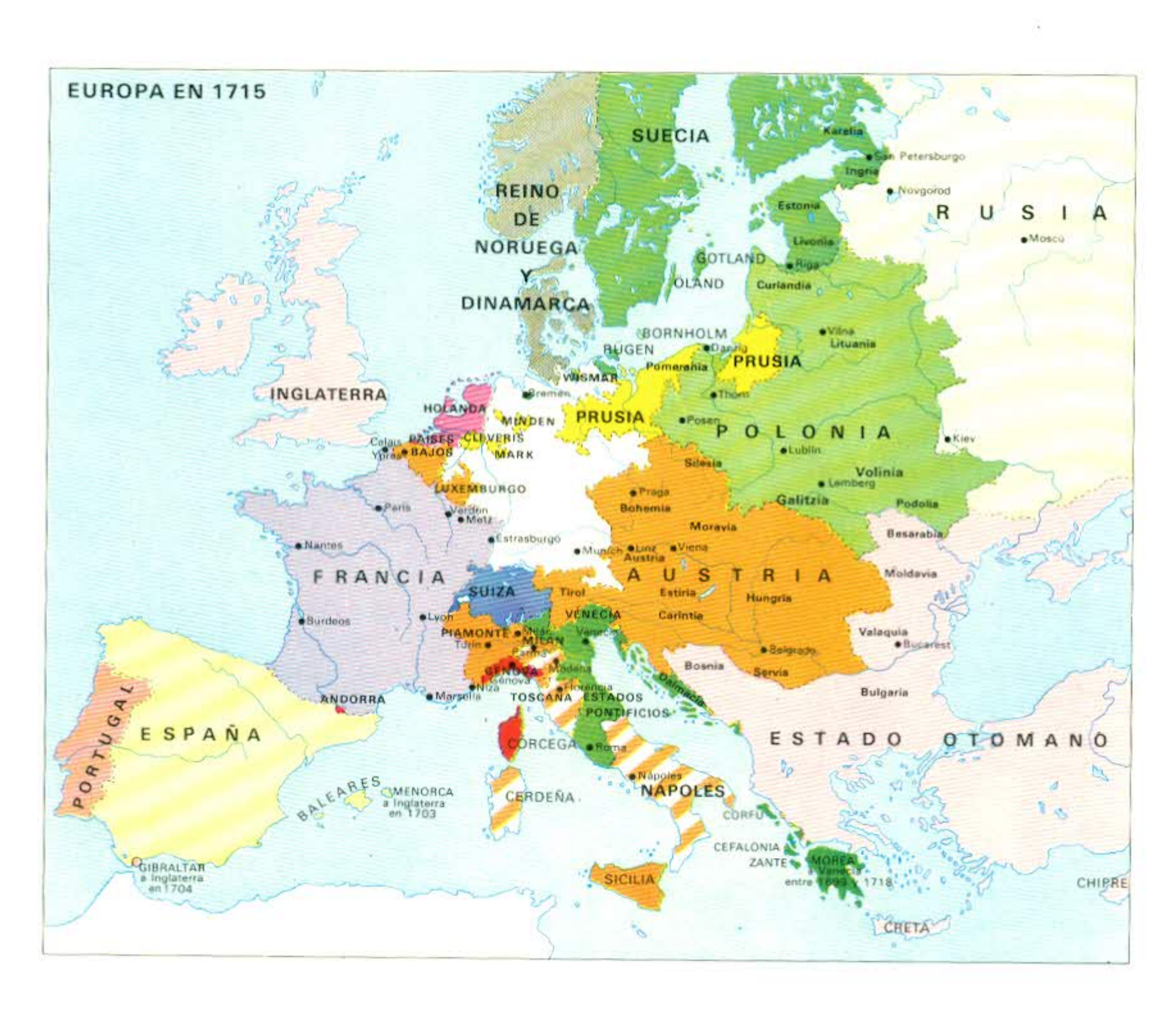
Fue una filosofía que tuvo carácter práctico. Pretendió basarse en estadísticas, en biología, en historia y en geografía. Las doctrinas sociales del siglo XVIII, despreciando los principios metafísicos, creían arrancar de

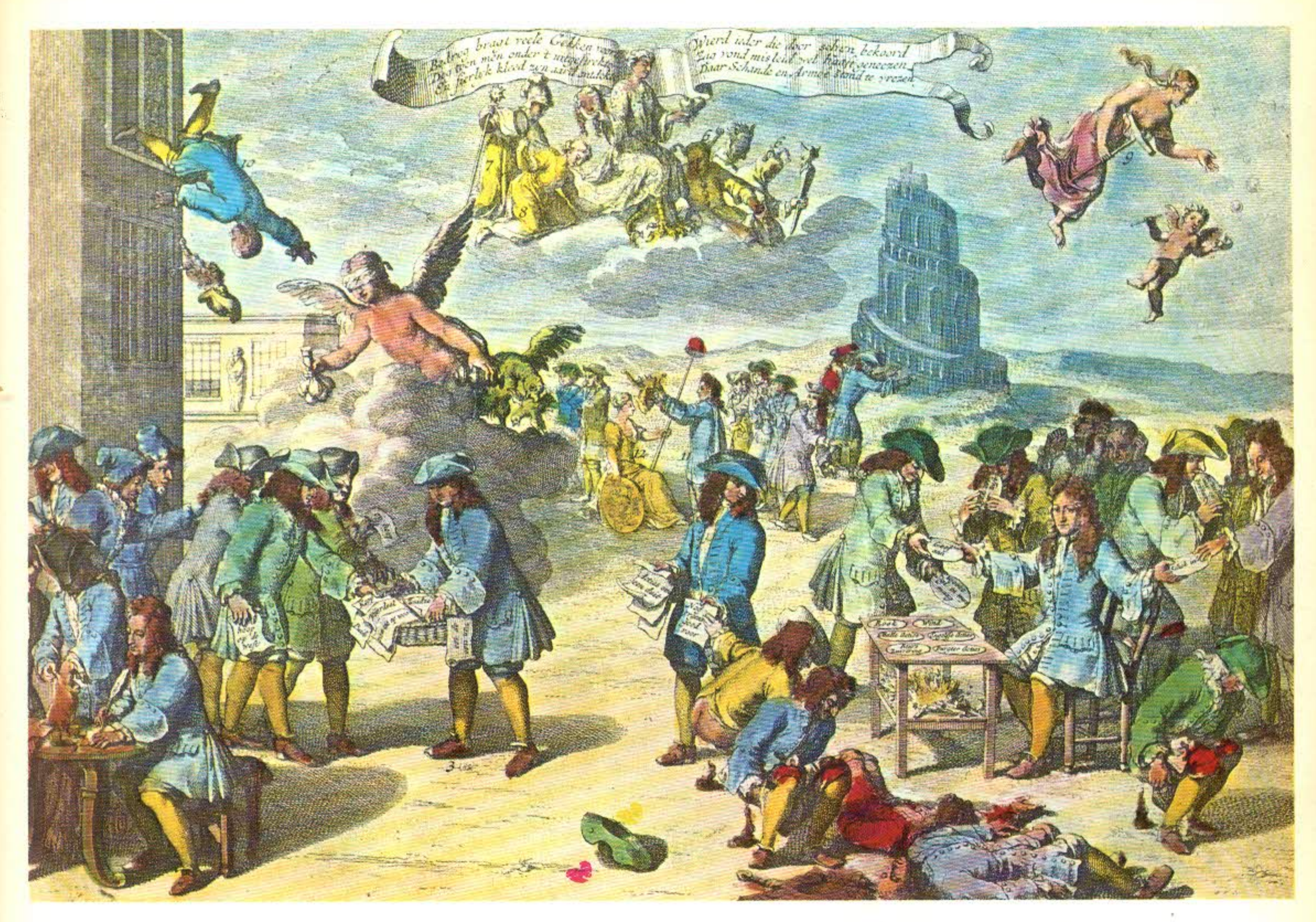


El Consejo de Regencia presidido por Felipe de Orleáns (Biblioteca Nacional, París).

la realidad de los hechos, o al menos de lo que se pensaba ser hechos probados. A veces se daba como científico y probado algo que era más problemático que los razonamientos de los teólogos. Un político filósofo dogmatizaba que los hombres eran potencialmente idénticos y buenos. Las diversas maneras de pensar provenían del clima, y sus maldades, de la educación. Otro economista filósofo asombraba a los lectores con cifras que pretendían sanear la renta pública en diez años. Su enemigo, para defender otro programa milagroso, aseguraba que el primero se había equivocado en la mitad de sus cálculos de ingresos y gastos. El público leía y leía sin cesar.

Fue una época de folletos más bien que de grandes libros. Hasta los textos de esta época que han pasado a ser clásicos, como el *Contrato Social* o las *Novelas* de Voltaire, son cortísimos. Pero, en cambio, la cantidad de escritos ligeros seudofilosóficos del siglo XVIII es enorme. Asombra verlos reunidos en las salas de las bibliotecas modernas destinadas a esta especialidad. Se necesitan millares de aquellos libritos que fueron lecturas apasionantes en el siglo XVIII para llenar una estantería; y como quiera que las modernas encuadernaciones les han dado más cuerpo, llegan a ocupar salas enteras. Algunos se publicaron en el extranjero;





Estampa holandesa contemporánea que satiriza el sistema financiero establecido por Law (Biblioteca Nacional, París).

otros, anónimos, aparecieron con pie de imprenta falso para despistar a las autoridades. Pero, por lo regular, no hubo gran persecución del pensamiento ni se pusieron cortapisas a los editores. No se sospechaba que aquella erupción filosófica fuera la señal de una revolución política.

Francia, o París, "escuela de naciones" por lo que toca a los abusos absolutistas, fue también "escuela de naciones" para la filosofía de la revolución. Los acontecimientos se prestaban a comentarios digamos filosóficos.

Luis XIV en su testamento confió la educación de su bisnieto y sucesor, Luis XV, al bastardo legitimado duque de Maine, hijo de la Montespan. Pero como la regencia del reino tenía que recaer en un "príncipe de la sangre", no tuvo más remedio que consentir en que el regente fuera el duque de Orleáns, de costumbres licenciosas y prácticamente incrédulo.

Mientras el joven rey iba creciendo, educado por damas y obispos en las Tullerías, el regente habitaba el *Palais Royal,* rodeado de pervertidos, *roués,* de uno y otro sexo. Como todos los Orleáns, el regente era inteligentísimo, y hubiera podido hacer mucho bien si hubiese persistido en algunas de sus ideas. Pero no tenía empeño en gobernar; los cuidados de la política le robaban el tiempo que necesitaba para sus "distracciones" y comprendía que sus reformas estaban amenazadas por el cambio que traería necesariamente la mayor edad de Luis XV.

Las orgías del *Palais Royal* le interesaban más que los asuntos de la corona. En aquel palacio reunía a los aristócratas encenagados, como él, con las "pequeñas ratitas" de la Opera. La Regencia inventó los bailes de máscaras en el teatro, donde no hubo indecencia ni desorden que no se manifestara de un modo público.

Con todo, el regente permitió dos experimentos de la administración que vale la pena consignar. Los ministros o intendentes reales de Luis XIV ("visires", como llegó a llamárseles) fueron sustituidos por ocho Consejos: uno central, llamado Consejo de la Regencia, y los Consejos de Gobierno Interior, de Conciencia, de Guerra, de Marina, de Hacienda, de Negocios Extranjeros y de

LA CULTURA EUROPEA DE LA ILUSTRACION HASTA EL INICIO DE LA ERA DE LAS REVOLUCIONES

1690 Locke: "Essay on human Understanding".
1697 Bayle: "Dictionnaire historique et critique". Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla.
1711 Addison: "The Spectator".
1714 Fundación de la Real Academia Española.
1715 Lesage: primera parte de "Gil Blas".
1721 Montesquieu: "Les Lettres Persanes".
1726 Swift: "Gulliver's Travels". Vico: "Scienza nuova". Feijoo: volumen I del "Teatro crítico universal". Volumen I del "Diccionario de Autoridades" en Madrid.
1728 Chambers: "Cyclopaedia".
1729 Renovación de las tareas académicas en Barcelona.
1730 Marivaux: "Le Jeu de l'amour et du hasard". Boerhaave: "Physicis".
1732 Destouches: "Le Glorieux".
1733 Pope: "Essay of Man".
1734 Montesquieu: "Considérations sur les causes de la grandeur des Romains". Voltaire: "Lettres Philosophiques".
1735 Expedición de La Condamine al Perú para la medida del meridiano.
1738 Voltaire: "Discours sur l'homme". Piron: "La Métromanie". Fundación de la Academia de la Historia de Madrid. Bernouilli: "Hydrodynamique".
1739 Feijoo: último volumen del "Teatro crítico".
1740 Hume: "Treatise on Human Nature". Marivaux: "L'Epreuve".
1742 Hume: "Essays". Young: "The complaint, or Night Thoughts".
1746 Fundación del Colegio de Cirugía de Cádiz Diderot: "Pensées philosophiques". Nace Goya.
1747 Flórez: primer volumen de la "España Sagrada". Gresset: "Le Méchant".
1748 Voltaire: "Zadig". Montesquieu: "L'Esprit des Lois". Hume: "An Enquiry concerning human Understanding".
1749 Diderot: "Lettre sur les Aveugles". Buffon: tres primeros volúmenes de la "Histoire Naturelle" y "Théorie de la Terre".
1750 Prohibición real de los escritos contrarios a Feijoo. Rousseau: "Discours sur les Sciences et les Arts". Montiano: "Virginia".
1751 Inicio de la publicación del "Dictionnaire Encyclopédique". Muratori: último volumen de "Rerum italicorum scriptores".
1753 Goldoni: "La locandiera".
1754 Hume: "History of England". Condillac: "Traité sur les Sensations". Rousseau: "Discours sur l'origine de l'inégalité".
1756 Voltaire: "Essai sur les moeurs".
1757 Haller: "Elementos de fisiología". Diderot: "Le fils naturel". Burke: "A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and the Beautiful".
1758 Quesnay: "Tableau économique". Helvetius: "De l'esprit". Isla: "Fray Gerundio de Campazas". Diderot: "Le Père de famille". Fundación de la Junta de Comercio en Barcelona.
1759 La Enciclopedia, condenada por el papa Clemente XIII. Voltaire: "Candide". Fase final de la publicación de la Enciclopedia (hasta 1772).
1760 Diderot: "La religieuse". Spallanzani: "Nove Ricerche".
1761 Diderot: "Le neveu de Rameau". Rousseau: "La nouvelle Hélloïse".
1762 Rousseau: "Le Contrat Social" y "L'Emile". Ward: "Proyecto económico". Creación del Colegio de Cirugía de Barcelona.
1763 Nicolás F. de Moratín: "Desengaño al teatro español". Beccaria: "Dei delitti e delle pene". Voltaire: "Traité de la Tolérance".
1764 Voltaire: "Le Dictionnaire Philosophique". Kant: "Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime". Adam Smith visita Francia y se entrevista con Voltaire. Fundación de la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona.
1765 Cavendish estudia el hidrógeno. Campomanes: "Tratado de la Regalía". Investigaciones de Lavoisier.
1766 Lessing: "Laocoonte". Voltaire: "Commentaire sur le livre des délits et des peines". Goldsmith: "El vicario de Wakefield".
1767 Lessing: "Minna von Barnhelm". Sterne: "Tristram Shandy".
1768 Quesnay: "La Physiocratie". Aparece la Enciclopedia Británica. Sterne: "Viaje sentimental".
1769 Turgot: "Reflexion sur la formation et la distribution des richesses". Ramis: "Lucrècia".
1770 D'Holbach: "Système de la Nature". Immanuel Kant: "De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis".
1771 Campomanes: "Memorial Ajustado". "Gramática" de la Real Academia Española.
1773 Goethe: "Goetz von Berlichingen". Jovellanos: "El delincuente honrado".
1774 Goethe: "Werther". Basedow funda el Filantropio. D'Holbach: "Politique naturel" y "Système sociale". Campomanes: "Discurso sobre el fomento de la industria popular". Descubrimiento del oxígeno por Lavoisier, Priestley y Scheele.
1775 Beaumarchais: "Le Barbier de Séville". Campomanes: "Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento". Alfieri: "Filippo II". Vacuna antivariólica de Jenner. Goethe: "Ur-Faust".
1776 Adam Smith: "The Wealth of Nations".
1777 Voltaire: "Commentaire sur l'Esprit des lois". Sheridan: "The School for Scandal". La Inquisición española prohíbe el tratado "Dei delitti" de Beccaria a toda clase de lectores. Edición norteamericana de "Dei delitti" en Charleston.
1778 Diderot: "Paradoxe sur le comédien". García de la Huerta: "Raquel". Pedro de Castro: "Defensa de la tortura y leyes patrias que la establecieron". Muerte de Voltaire y Rousseau. Gibbon: "History of the Decline and Fall of the Roman Empire".

Comercio. Cada uno se componía de diez miembros escogidos por el regente entre la nobleza y la magistratura. Algo útil hicieron; pero a poco aquellos personajes què Luis XIV había acostumbrado a envanecerse de cargos puramente honoríficos dejaron de reunirse y el estado cayó todavía en mayor confusión.

El segundo experimento fue el ensayo con que intentó el regente que el gobierno se beneficiase de las especulaciones. Mientras el estado se debatía en el déficit más espantoso, algunas compañías y particulares se enriquecían como por arte de magia. Muchos negocios eran pompas de jabón, pero otros producían beneficios y ganancias colosales. No hay que olvidar que era un momento en que la humanidad comenzaba a aprovecharse de los descubrimientos geográficos. Gentes ambiciosas que disfrutaban de monopolios concedidos por el estado sacaban fruto por primera vez de territorios coloniales y hasta de inventos industriales.

Parecía que la nación debía participar de aquella prosperidad, y un escocés, llamado Law, hizo comprender al regente la oportunidad que perdía el estado no aprovechándose de su crédito. "El estado ha de conceder el crédito –decía Law al regente–, no recibirlo de los particulares." Law propuso al regente que el estado fundara un banco de emisión de billetes y con el capital constante de los accionistas se resarciera en negocios provechosos de lo que perdía la nación en servicios públicos. Estos, que por ser públicos no dejaban de ser negocios, se liquidaban entonces, como acostumbra suceder ahora, con grandes pérdidas. Es exactamente lo mismo que pasa en nuestros días con los privilegios concedidos a compañías que explotan la fuerza eléctrica nacional; es exactamente lo mismo que ocurrió en el siglo XIX, cuando particulares y compañías se aprovecharon del invento de la máquina de vapor en los ferrocarriles. Es la historia, que amenaza con ser eterna, de servicios que realizan particulares mientras son provechosos y luego se convierten en parásitos del presupuesto de la nación cuando ya no pagan dividendos.

En el siglo XVIII no se soñaba aún en la energía eléctrica ni en la fuerza del vapor, pero había negocios nuevos de banca y de colonización que producían ganancias colosales. ¿Por qué no podía el gobierno lucrarse con ellos? El regente aceptó de Law la idea de la creación de un *Banco General de Emisión,* y a poco la de una *Compañía de Occidente* para la explotación de las colonias francesas en América. Para participar en estos negocios manejados por el estado, los accionistas debían comprar sus acciones pagando una parte en dinero contante y otra parte en antiguos créditos contra el estado o en billetes de Deuda. Así Law y el regente rebajaron en muchos millones la Deuda nacional y muchos acreedores del estado canjearon bonos, que representaban positivos desembolsos en empréstitos del tiempo de Luis XIV, por el "papel" del *Banco General* o por el de la *Compañía de Occidente*. Esta participación del público ocasionó la catástrofe. Los tenedores del papel de Law, mejor dicho, papel del estado, especularon desaforadamente; las acciones llegaron a valer diez veces más del precio de emisión, pero se desvalorizaron también con pasmosa rapidez.

Law trató de mantener los precios por todos los medios que emplearía un bolsista moderno, esto es, comprando sus propias acciones, jugando al alza, emitiendo más acciones de las que legalmente estaba autorizado, etc. Además, se valió de los recursos que le daba el poder absoluto de regente:



Rueca de la época de Luis XV (Museo de Artes y Oficios, París).

Luis XV concede títulos de nobleza a los miembros del municipio de París (obra atribuida a L. de Boullongne el Joven; Museo Carnavalet, París).

Estampa francesa alegórica a la fundación de la Compañía de Occidente para la explotación de las colonias francesas de América (Biblioteca Nacional, París).

hizo promulgar edictos que obligaban a todos los ciudadanos a aceptar los billetes del banco y a no atesorar más que un mínimo de moneda... Para la colonización en cierne del Mississippi hizo deportar a la Luisiana legiones de desocupados que perecieron por falta de dirección y recursos... También aquello fue un desastre. Ricos y pobres, nobles y burgueses, perdieron sus ahorros en el *Banco* y la *Compañía de Occidente,* y el estado se encontró más endeudado y desacreditado que antes de emprender aquellos negocios.

El mismo Law, que había llegado a Francia con una fortuna considerable, la perdió con sus experimentos. Nadie le culpó de fraude. Creemos deber terminar este episodio con la explicación que da del desastre Saint-Simon, amigo de Law y del regente. En el Consejo del Reino, del que formaba parte, Saint-Simon dijo que mientras veía que los proyectos de Law (Banco y Compa-



Grabado popular que satiriza el fracaso del sistema Law (Biblioteca Nacional, París).

ñía) podían ser excelentes en una república donde la Hacienda está públicamente fiscalizada, como en Inglaterra, eran peligrosísimos en una monarquía absoluta, como Francia, donde las necesidades de la guerra, la avidez de un favorito o de una amante real, el lujo de la corte y la prodigalidad del monarca podían agotar los depósitos del banco y arruinar a los accionistas, sin que nadie pudiera advertirlo.

El duque de Orleáns murió en 1723, tras ocho años de gobierno. ¡Pero qué años! Poco después Luis XV comenzó su largo reinado, que pareció ser degenerada repetición del de Luis XIV. Duró hasta 1774, casi medio siglo. Lo habían casado aún niño con una princesa polaca de más edad que él y un tanto fea. Al principio Luis XV fue un esposo modelo, pero en 1733, a los veintidós años, empezó a trabar relaciones amorosas con varias de las damas de la corte. Era casi una vergüenza para los cortesanos que el bisnieto de Luis XIV no tuviera amantes. "De cada veinte señores de la Corte –dice Barbier–, quince no viven con sus esposas." Hacia 1745 el rey acabó por fijarse primero en madame Pompadour, que le "aconsejó" durante veinte años, y después en madame Dubarry, hasta que le sobrevino la muerte por viruelas.

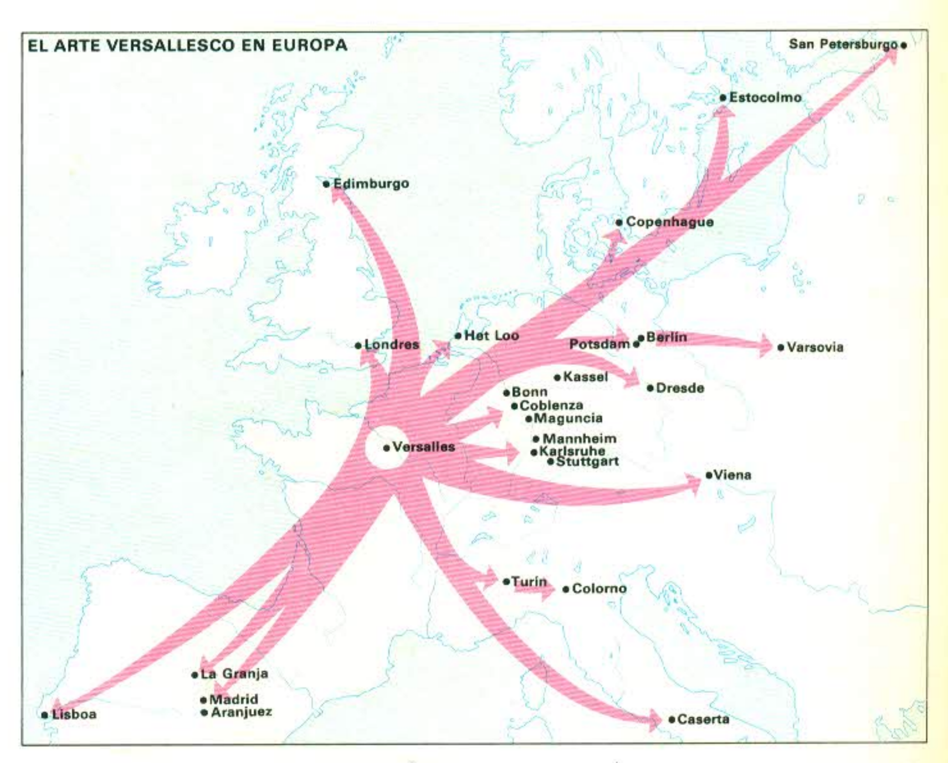
La Pompadour era casi tan inteligente como madame de Maintenon y supo tratar al rey con suma habilidad, imponiendo a veces, discretamente, sus caprichos, incluso en asuntos de carácter político.

Madame de Pompadour era alta, esbelta, de rostro perfectamente ovalado, sonrisa cristalina y la *plus belle peau du monde*. Distraía al rey con fiestas, *petits plaisirs*, a los que asistía toda la corte. La Pompadour era casi una actriz, amiga de los "filósofos" y de los "financieros". Voltaire había frecuentado su salón en París antes de que se elevara a la categoría de favorita oficial de Versalles. Con un espíritu menos religioso que madame de Maintenon, en 1762 la Pompadour consiguió del rey la expulsión de los jesuitas. Voltaire dijo que los jesuitas debían haber sido lapidados con las piedras de Port-Royal, que ellos habían obligado a demoler con sus calumnias en tiempo de Luis XIV. Pero, en realidad, el episodio de Port-Royal influyó poco: los jesuitas se habían hecho odiosos a todo el mundo. Hasta sus métodos pedagógicos eran anticuados. Renegando de Descartes, únicamente enseñaban teología escolástica y a escribir versos en latín. Tenían, al ser expulsados de Francia, más de cien casas o colegios; treinta y ocho en los alrededores de París. Todos fueron confiados a instructores laicos.

Cinco años después de expulsados de



"Sécretaire" de marquetería y laca de 1764 (Museo de Artes Decorativas, París).





Sesión del Parlamento francés, según óleo de Nicolas Lancret (Museo del Louvre, París).

Francia, los jesuitas lo fueron también de España y de sus colonias y por fin de Nápoles. Por algún tiempo el papado creyó que podría salvar a los jesuitas de una total destrucción si se reformaban. Pero su general respondió con las famosas palabras "sean como son, o no sean", y el papa Clemente XIV no tuvo más remedio que decretar la extinción de la Compañía de Jesús. El documento pontificio que abolió canónicamente a los jesuitas en 1773 es de terrible severidad. Recoge todos los cargos que les habían hecho, sin tratar de excusarlos.

Los jesuitas se portaron en esta crisis con su característica habilidad. Algunos sufrieron en el destierro, pero otros se refugiaron en los países protestantes y en Rusia. El *interregnum*, como llaman los jesuitas al período de su supresión, duró hasta 1814, en que Pío VII autorizó el restablecimiento de la Compañía. El provincial de Rusia pasó casi automáticamente a tomar el cargo de general y todo quedó como antes.

Por lo que toca a la cultura, la Pompadour protegió el arte francés, en contraste con el gusto por el arte italiano que habían estimulado Richelieu, Colbert y hasta Luis XIV. El marqués de Marigny, hermano de la Pompadour, que era director de Bellas Artes, prefería los edificios aparatosos, los salones dorados, los muebles y las joyas de líneas retorcidas, a los de gusto clásico. El rey permitía gastar sumas enormes en nuevos castillos reales. El de Bellevue, por ejemplo, costó dos millones y medio de libras.

El reinado de Luis XV se pareció también al de Luis XIV por la continuada pesadilla de las guerras europeas. Fueron igualmente guerras de familia, de "sucesión", enervantes y sin grandeza. Hubo guerra por la sucesión de Polonia, guerra por la sucesión de Austria y guerras en Italia para preparar allí la sucesión de Felipe V de España. Fueron largas campañas (una de ellas se llamó guerra de los Siete Años), sólo ventajosas para los ambiciosos que conseguían las coronas. Se empleaban ejércitos de mercenarios; pero así y todo, los pueblos padecían los atropellos de la soldadesca y la nueva sangría impuesta al ya exhausto tesoro nacional. El único positivo resultado de las guerras incesantes fue que estimularon a pensar sobre problemas de Derecho internacional. Grocio, en el siglo anterior, expuso los principios de una jurisprudencia para pueblos beligerantes en su obra magistral *De Iure Belli ac Pacis*. Se aprovechó para su tratado de los escritos de todos los que le precedieron en el mismo asunto. Provisto de una erudición formidable, mezcló las opiniones de filósofos griegos y jurisconsultos romanos con ejemplos de la Biblia y sentencias de los Padres de la Iglesia. Pero además mencionó a Vázquez y Suárez y debió acaso la inspiración de su libro (aunque no lo cita) al gran Francisco de Vitoria, a quien se considera el verdadero fundador del Derecho internacional.

La causa de haberse anticipado los españoles del siglo XVI, como Vitoria, Vázquez y Suárez, a Grocio, se debe a que a España se le presentó urgente necesidad de decidir en cuestiones de Derecho internacional al anexionarse los territorios americanos. ¿A quién pertenecían de derecho las tierras de América? ¿Había pecado en tomarlas? ¿Era natural y legítimo suplantar en su gobierno a los naturales, concediéndoles la compensación de una moral y una religión superior?

No se puede negar que los casuistas españoles se anticiparon a Grocio en más de un siglo, pero lo hicieron sin la científica serenidad y amplia generalización del problema que le supo dar Grocio. Este era holandés, había nacido en Delft en 1583, pero tuvo que emigrar y compuso su obra en Francia. Un día le escribió a su hermano: "No pidas nada para mí. Si mi país no me necesita, yo no necesito a mi país. El mundo es bastante grande sin Holanda".

Al compilar las leyes que deben regular los casos de paz y guerra entre pueblos, Grocio apeló a la humanidad y la naturaleza. Menciona a clásicos y textos antiguos, pero es sólo para confirmar con hechos ocurridos los que le sugiere el sentido común. La sociedad de las naciones necesita regirse por



Uno de los salones de Luis XV en el palacio de Versalles. Con la Regencia y el reinado de Luis XV, el barroco francés alcanza las exquisiteces del rococó.

otras leyes que las que rigen a los individuos dentro de un pueblo. Pero la guerra debe sólo declararse para mantener un derecho, y una vez reconocido éste, debe acabar. Durante el período de guerra, los derechos civiles, de paz, se suspenden, pero debe regir un derecho militar, de guerra, que es el que Grocio se proponía precisar y establecer con su libro. Guerra no excluye Justicia.

Sin embargo, las gentes soportaban las guerras y sus desmanes con gran resignación. El pueblo tiene incomprensible paciencia para el desgobierno y aun consiente ver a sus hijos sacrificados en los campos de batalla, alejados de la patria por el interés y la vanidad de sus gobernantes..., pero no tolera verse abrumado por impuestos que le roban año tras año el fruto de su trabajo. Esto es

Boda de Luis XV con María Leszczynska, ceremonia recogida en una estampa de sabor popular (Biblioteca Nacional, París).

LOS FILOSOFOS

Como es sabido, en el siglo XVIII la palabra "filósofo" tenía una acepción mucho más amplia que la actual y abarcaba no sólo a los que hoy consideramos como cultivadores de la filosofía propiamente dicha, sino también a los que se interesaban por toda clase de problemas intelectuales. Un "filósofo" podía ocuparse en metafísica, lógica o moral, pero también en economía, ciencias naturales, física, literatura, arte, política, historia de las religiones, etc., y casi siempre –y ésta es una de sus características esenciales– con el empeño de poner este saber al servicio de un cambio efectivo de las condiciones de vida de su época. El "filósofo" del XVIII es, pues, más que un sabio en abstracto, un sabio que aplica su inteligencia al "progreso de las luces", poniendo de un modo u otro en tela de juicio las bases en las que se asienta la sociedad constituida. Este sabio combativo y progresista está cerca del personaje que en el siglo XX llamamos "intelectual", y sus equivalentes modernos, dentro de un contexto histórico muy distinto, serían los autores que, como Ibsen y Shaw, convierten su teatro en una plataforma crítica, el Zola del "J'accuse", algunos sabios *engagés* y, sobre todo, Jean-Paul en Francia y Bertrand Russell en Inglaterra.

¿Quiénes eran y cómo eran estos "filósofos"? Por su extracción social, la inmensa mayoría de ellos eran hijos de burgueses, en una escala que va desde el humilde artesano hasta la alta burguesía dignificada por el ejercicio de profesiones liberales e incluso ennoblecida por la compra de cargos públicos: Bayle era hijo de un pastor protestante; Diderot, de un cuchillero; Rousseau, de un relojero; Voltaire, de un notario; Helvétius, de un médico; La Mettrie, de un comerciante; Buffon pertenecía a la "nobleza de toga"; sólo unos pocos proceden de la nobleza: Montesquieu y Holbach eran barones, Condorcet era marqués.

En general, su situación económica fue por lo menos desahogada: Voltaire llegó a ser muy rico; Helvétius, arrendatario general del reino a los 23 años, fue incluso millonario; otros, como Montesquieu y Holbach, eran ricos por su familia, y algunos ocuparon importantes cargos, como Quesnay, médico del rey, y Turgot, que llegó incluso a primer ministro de Francia (1774-1776); no les faltaron tampoco poderosos protectores extranjeros que, aunque con miras interesadas, ayudaron económicamente a los más necesitados (así, Catalina de Rusia con Diderot, y Federico II de Prusia con La Mettrie y tantos otros). Casi siempre que un filósofo conoció estrecheces graves se debió a su espíritu de independencia: Mably se negó a ser preceptor del Delfín, Diderot no quiso atarse a la corte de Rusia, y Rousseau, cuando empezaba a ser famoso, lo sacrificó todo para pasar el resto de sus días, como él dice, "en la independencia y en la pobreza", y para ganarse la vida se hizo copista de música.

Sus ideas políticas oscilan por lo común entre el modelo inglés de la monarquía constitucional y la teoría del "Despotismo Ilustrado" al estilo de Prusia, Austria o Rusia. En esto, como en tantas otras cosas, Voltaire es un buen representante de su siglo; también Diderot vacilaba entre estas dos soluciones, aunque finalmente se desengañó de ambas, llegando a conclusiones casi escépticas: "El pueblo pasa en un abrir y cerrar de ojos de la esclavitud a la anarquía; en medio de este tumulto general no se oye más que un grito, "¡Libertad!"; pero ¿cómo preservar este don precioso? Nadie lo sabe". Si Bayle, todavía a fines del XVII y en una situación muy peculiar que lo justifica, es partidario de la realeza absoluta, en general los "filósofos" no sólo condenarán el despotismo, sino que se mostrarán adversos al absolutismo; Montesquieu abogará por una monarquía moderada a la inglesa y Rousseau irá mucho más lejos en el análisis de estos problemas, convirtiéndose en el precursor más claro de la filosofía política de la Revolución. Casi todos estos intelectuales piensan en la república más como utopía que como posibilidad, aunque entre ellos no falte quien apunte incluso soluciones socialistas, como Mably, que condena el derecho de propiedad.

La unión del Trono y el Altar, característica del Antiguo Régimen, hacía que la religión y la Iglesia fuesen solidarias de las situaciones políticas, sociales e intelectuales que los "filósofos" trataban de modificar. En mayor o menor grado, todos ellos atacaron a la Iglesia católica de su tiempo y se declararon racionalistas, aunque sus actitudes distan muchísimo de ser uniformes. Lo que predomina es el elogio de la tolerancia y de una religión "razonable", junto a los más duros ataques contra el fanatismo y la superstición. El anticlericalismo es una nota común a todos, desde el protestante Bayle a Rousseau –que predica una religión sentimental sin dogmas–, pasando por un racionalista relativamente moderado, como Montesquieu, y por el deísta Voltaire... Lo cual no impidió que una serie de clérigos "avanzados" figurasen en primera línea del combate filosófico (el abate Morellet, el abate Raynal). El siglo careció de grandes apologistas de la religión, no dio ningún Pascal, ningún Bossuet, ningún Fénelon, y los defensores de la ortodoxia, desde el punto de vista intelectual, casi siempre hacen mal papel frente a sus antagonistas. Por otra parte, el ateísmo militante es un fenómeno un tanto excepcional: el barón de Holbach, La Mettrie y en cierto momento el propio Diderot, lo representan, pero no refleja la opinión mayoritaria, casi siempre de carácter deísta, que, a través de Voltaire, combatió con dureza contra los ateos.

Al lector moderno puede sorprenderle la variedad de campos que abarcan los "filósofos", fruto de una época en la que los conocimientos científicos estaban aún poco desarrollados y especializados, y, también, de una concepción más unitaria de la cultura; junto a científicos propiamente dichos (D'Alembert era un gran matemático y geómetra; Buffon revolucionó las ciencias naturales, como Lavoisier la física; Turgot y Quesnay figuran entre los grandes economistas, etc.) figuran los divulgadores científicos, a menudo de una altura tan extraordinaria como Voltaire (que escribió, por ejemplo, sobre Newton) y Diderot; pero el tipo más abundante es el de "publicista", que se interesa por todo y escribe sobre todo. La ingente producción de Voltaire es la mejor prueba de esta curiosidad universal: poemas, dramas, cuentos y novelas, libros históricos, ensayos de todo orden, libelos, crítica literaria, traducciones, opúsculos sobre física, etc. Montesquieu cambia el rumbo de las ciencias sociales con su voluminoso *Espíritu de las leyes*, pero también escribe poemitas cortesanos, una novela satírica *(Las cartas persas)* y una disertación sobre las causas del eco; Diderot pasa a la historia como novelista, dramaturgo, crítico de arte, ensayista, filósofo y periodista; Rousseau tampoco desdeña escribir novelas e incluso óperas, y así la mayoría de los "filósofos". Todas las ramas del saber, todos los géneros literarios, hasta las cartas personales y la conversación privada, confluyen así en esta voluntad no sólo de comprensión de lo que es el hombre y el mundo que le rodea, sino también de perfeccionamiento de las condiciones de vida que deben asegurar la felicidad humana.

C.P.

lo que ocurrió en Francia. Imagínese cómo estaba el Tesoro después del reinado de Luis XIV, de la Regencia y del reinado de Luis XV. El fisco reclamaba una parte enorme del producto de las cosechas en contribuciones, levas, capitalización, diezmos y gabelas. Más exasperante era aún que los privilegiados, esto es, las clases superiores, nobleza y clero, estuviesen prácticamente exentas de impuestos. El tercer estado, o brazo popular, que trabajaba la tierra y elaboraba los productos manufacturados, pagaba casi todos los gastos. La nobleza y el clero poseían inmensas fincas rústicas y

aun percibían pensiones con que los favorecía el rey, además de los sueldos por cargos cortesanos. A mediados del siglo XVIII, los gastos de Versalles consumían la sexta parte de los ingresos anuales de la Hacienda francesa. Estos abusos económicos, más que la vanidad belicosa de los monarcas borbónicos, más que la inmoralidad de sus costumbres, avivaban el fermento filosófico que no tardaría en convertirse en voraz incendio revolucionario.

El profundo cambio de ideas políticas, no ya de Derecho internacional, sino de Derecho público, realizado en la primera mitad del siglo XVIII, se nota ya en el tratado de Montesquieu sobre el *Espíritu de las Leyes*. Mientras Bossuet proclamaba que los reyes "eran dioses" y Fénelon sólo se dolía de que no hicieran buen uso de sus derechos divinos, Montesquieu lanzó la teoría de que los pueblos podían regirse lo mismo por un sistema republicano que por una monarquía y hasta por un despotismo. Las leyes, según opina Montesquieu, son relaciones necesarias, justificadas por la índole de cada pueblo. Aquellos cuya cualidad suprema sea la virtud necesitarán una república; los que estimen más el honor preferirán una monarquía; los temerosos requerirán un déspota. Así en algunos casos un tirano puede ser preferible a un monarca constitucional y hasta a una república. Todo depende del tiempo y los países. Montesquieu pretendió haber descubierto reglas fijas, casi matemáticas, de la política. En el prólogo de su libro asegura "que ha visto adaptarse a sus principios los casos particulares de la Historia". ¡Qué contraste entre Montesquieu, encontrando razones para las leyes en el carácter de los pueblos, y Bossuet, para quien la Historia se atiende al plan fijado de antemano por Dios y cuya realización se ha encargado a los reyes! La voluntad del rey es la ley del reino. "¡El Estado soy yo!", como dijo Luis XIV.

Montesquieu no pretendió generalizar sobre cuál sería el mejor régimen de gobierno en Francia. Saturado de lecturas clásicas, prefería naturalmente vivir en una república, pero en aquella época no se concebía que pudiera haber repúblicas en vastos países. Las conquistas, dice Montesquieu, obligaron a Roma a abandonar el régimen republicano. Una monarquía constitucional como la inglesa no sería posible en Francia; lo mejor que puede desear Montesquieu a su país es volver al sistema de unos monarcas que aprovecharan la colaboración de la nobleza y estuvieran intervenidos por la fiscalización de las asambleas provinciales.

En los cortos párrafos que hemos dedicado a las ideas políticas del siglo XVIII ya habrá notado el lector que los seudofilósofos franceses aluden como obsesionados al gobierno constitucional inglés. Aun sin considerarla remedio de los males del mundo entero, la Constitución inglesa se fundaba en principios de gobierno que parecían un gran progreso. El Parlamento inglés, de origen medieval, se creía con derechos casi soberanos. Sólo él podía autorizar impuestos y había sostenido guerras contra los monarcas absolutos. A Carlos I le había costado la cabeza y a Jacobo II el trono. Los franceses podían por consiguiente, decir: *Ex Britannia lux*.

De Inglaterra llegó a Francia no sólo un primer ejemplo moderno de revolución, sino también la teoría de su legalidad. Descartes había teorizado sobre el derecho a pensar; pero era demasiado filósofo para descender a discutir trivialidades políticas.

Armario de lujo estilo Luis XV para guardar joyas (Palacio de Versalles).



En cambio, la filosofía de la naturaleza de Newton condujo gradualmente a una filosofía de la sociedad humana y a sus derivados, las ciencias morales y políticas.

El primer filósofo inglés que trató de estas cuestiones fue Hobbes, quien todavía creyó posible justificar con raciocinios el absolutismo monárquico. Los hombres, según Hobbes, vivían al principio sin ley, víctimas del mal que se hacían unos a otros. Para evitarlo, resolvieron renunciar a su libertad original y conformar su voluntad a las decisiones de un soberano. Este era libre: primero, porque no se había desposeído de los derechos del hombre primitivo, y además porque los otros hombres se habían conformado a respetar sus decisiones. Siempre que les asaltara la tentación de desobedecerle, tenían que recordar la "soledad vil y miserable" en que vivían antes de aceptar su gobierno... Estas ideas de Hobbes podían ser disparatadas, pero pretendían no apoyarse en la Escritura ni en la filosofía, sino en la Razón.

Locke, en su *Tratado sobre el gobierno,* contradijo a Hobbes al afirmar que, siendo el hombre primitivo naturalmente libre y virtuoso, el gobierno era casi un mal. Mal necesario, pero mal que debía reducirse al mínimo posible. El convenio que, según Locke, había legalizado la vida civil no despojaba a los hombres de todos sus derechos, como pretendía Hobbes. Tan sólo para proteger las vidas y haciendas de los individuos se había constituido el estado; en todo lo demás, cada cual conservaba sus derechos y

Luis XV, por Van Loo (Museo de Versalles).



Gabinete de Luis XV en Versalles.

podía resistir al que tratara de arrebatárselos. El entendimiento humano es la suprema ley. Antes de que se instituyera el estado ya existía la Razón. Por esto, según Locke, en manera alguna estamos obligados a cumplir leyes opuestas a lo que prescribe la Razón natural.

Ya puede comprenderse con qué acento exótico sonarían estas discusiones en los franceses que iban a Inglaterra, sobre todo al ver la flemática decisión con que se aplicaban estas teorías, sin detenerse ante la cabeza de los reyes. Montesquieu había estado en Inglaterra en viaje de estudios; Voltaire estuvo allí desterrado; Rousseau halló hospitalidad en casa de Hume, discípulo de Locke.

Voltaire era hijo de un notario llamado Arouet. Saint-Simon dice despectivamente que redactaba las escrituras de su padre, y añade: "Ahora el hijo, con el nombre de Voltaire, ha conseguido ser personaje de importancia en la república de las letras y hasta es considerado con respeto por ciertas gentes". Así, ya no debe extrañarnos que Voltaire fuera encerrado en la Bastilla por "versos satíricos muy imprudentes" y que lo apalearan los criados del duque de Rohan, y que cuando quiso desafiar al gran prócer fuese desterrado. Voltaire regresó de Inglaterra con unas *Cartas filosóficas,* que fueron su venganza. En las primeras trata de religión, mejor dicho de religiones, porque Voltaire tenía empeño en hacer constar que en Inglaterra todas las religiones estaban permitidas y que había muchas. Otras dos cartas describen la política inglesa, la parte que tiene el Parlamento en la vida civil al votar y fiscalizar los impuestos. Otra carta está dedicada al comercio, base de la grandeza británica; y por fin, siguen las cartas verdaderamente filosóficas. En ellas divulga Voltaire los descubrimientos de Newton y de Locke, el primero exponiendo las leyes de la materia y el segundo reduciendo el espíritu a su función material.

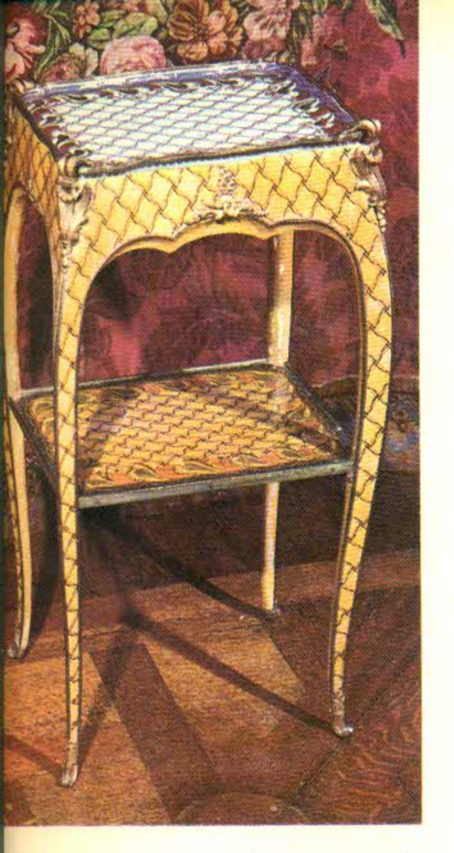
Publicadas anónimas, las *Cartas filosóficas* de Voltaire fueron condenadas en Francia, quemadas y reclamado su autor. Voltaire se refugió en un castillo puesto a su disposición por su fiel amiga madame du Châtelet. En aquel primer retiro Voltaire escribió profusamente dramas y sátiras, preparó el *Ensayo sobre las costumbres* y los *Discursos sobre el hombre*. Además, madame du Châtelet quería que Voltaire se dedicara a la filosofía y a la ciencia pura; le había arreglado un laboratorio y hasta le obligó casi a escribir un tratado de vulgarización: *Elementos de la filosofía de Newton*. Madame du Châtelet hubiera preferido que Voltaire fuera otro Newton, un Newton francés, más avanzado. Por aquellos vericuetos científicos no había peligro de volver a la Bastilla.



Madame de Pompadour, por Nattier (Museo de Versalles). La Pompadour, mujer de gran inteligencia, consiguió distraer al rey con fiestas y regocijos.

Voltaire cedió a los deseos de su amiga sin embotar sus formidables facultades de crítico mordaz y de agudo "calumniador del mal". Es tanta la ferocidad exquisita con que Voltaire ataca los abusos e injusticias, que peca de injusto y llega al abuso. Había logrado gran popularidad. Ya dijimos que contaba con el favor de madame de Pompadour, pero además se había reconciliado con la corte, escribiendo un poema épico: *La Henriada,* cuyo héroe era el primer Borbón francés, Enrique IV. Había dedicado al papa su tragedia *Mahomet* y el pontífice le había dado las gracias en una carta que Voltaire publicó a manera de prólogo. Mahoma era el intolerante, el ejemplo de despotismo religioso, de crueldad inquisitorial y de malas costumbres, no la curia romana.

A la muerte de madame du Châtelet,



Mesita auxiliar realizada con placas de Sèvres. Estilo Luis XV (Museo Nissim-Camondo, París).

LA RENOVACIÓN DE LOS MÉTODOS DE ENSEÑANZA EN EL SIGLO XVIII.

Enseñanza tradicional

HUMANIDADES
1.er ciclo: Gramática latina, Humanidades (sobre todo poesía), Retórica.
2.º ciclo: Filosofía: Lógica formal, Metafísica, Moral.

Crítica enseñanza tradicional

CIENTÍFICOS
No se han introducido en la enseñanza los nuevos descubrimientos ni se concede importancia a las nuevas ramas de la ciencia.

UTILITARIOS
Es preciso dotar a los alumnos de conocimientos prácticos de carácter técnico, que tengan inmediata utilidad en la vida.

SENSUALISTAS
Las ideas proceden de la experiencia sensible; luego la enseñanza no debe ser abstracta y libresca, sino que debe basarse en la observación de la realidad, en la experiencia.

Realizaciones

DIFUSIÓN ENSEÑANZA PRIMARIA
Hasta ahora confiada a la iniciativa privada y limitada a las clases acomodadas, empieza a ser organizada por el Estado, se generaliza y fija su contenido: catecismo, moral, lectura, escritura, aritmética.

1763. PRUSIA: Federico II decreta la obligatoriedad de la enseñanza primaria.
1774. AUSTRIA: Reorganización estatal de la enseñanza primaria.
1786. RUSIA: Estatuto de las Escuelas Populares, protegido por Catalina II.

NUEVOS MÉTODOS
ROUSSEAU (1712-1778): El niño debe ser enfrentado con la realidad y debe aprender lo que es bueno y lo que puede perjudicarle. El niño debe ser educado en un ambiente de libertad y sincerrdad para que conserve las virtudes innatas.
BASEDOW (1723-1790): Dessau, lecciones de cosas.
PESTALOZZI (1746-1827): Neuhof, desarrollo progresivo de las facultades del niño.

REORGANIZACIÓN ENSEÑANZA RELIGIOSA
Las órdenes religiosas se esfuerzan en adaptar sus métodos. En Francia, el colegio de Sorèze, de los benedictinos de Saint-Mauro, propugna ideas modernas: elección del alumno entre varios programas, supresión del latín, introducción de lenguas modernas.

RENOVACIÓN ENSEÑANZA
En algunas escuelas tradicionales penetran las nuevas tendencias.

Francia:	Hermanos de la Doctrina Cristiana: enseñanza de oficios en talleres.
Prusia:	Cultivo de los idiomas nacionales, difusión de la filosofía moderna.
Austria:	Penetración de los métodos experimentales en física, química y ciencias naturales.

ESCUELAS TÉCNICAS
Ante la resistencia de los profesores de Universidades y colegios a modificar su enseñanza, se crean escuelas especiales:

Escuelas de comercio	Francia, Alemania.
Escuelas militares	Francia, Austria, Flandes.
Escuelas de Minas	Alemania, Francia.
Escuelas de Marina	Francia.

Moneda de plata de Clemente XIV, el papa que disolvió la Compañía de Jesús (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



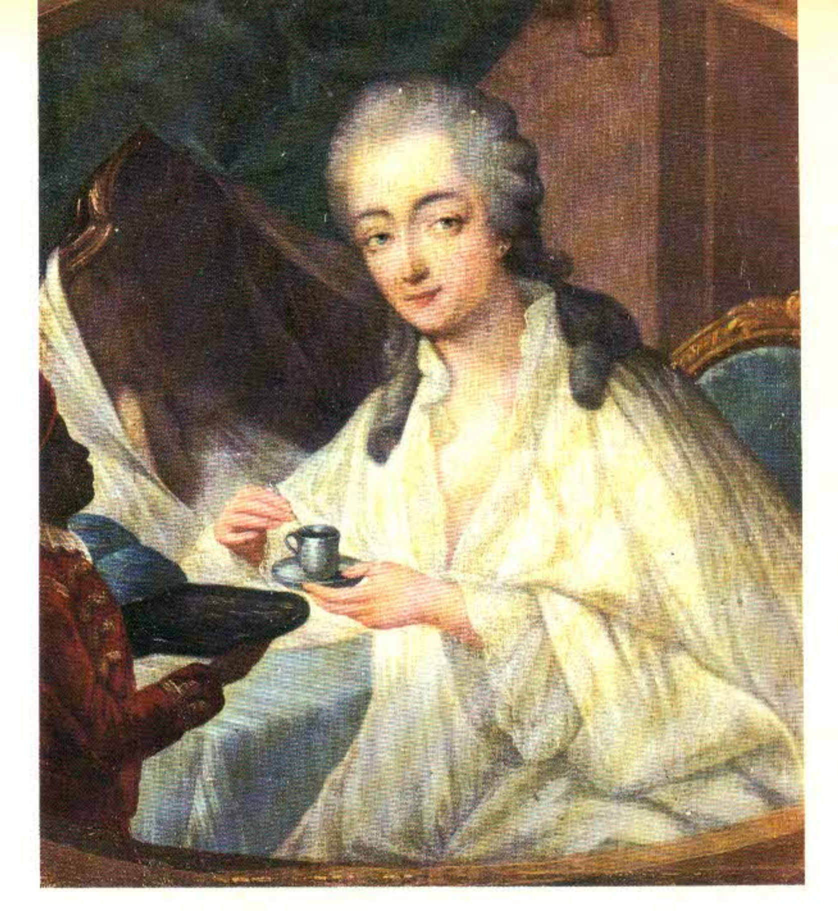
Voltaire prefirió aceptar la invitación de Federico el Grande de Prusia, aficionado desde joven a la filosofía. Cuando príncipe heredero, había publicado un *Anti-Maquiavelo,* pero ya en el trono quiso destruir su propia obra. En medio de sus preparativos guerreros, continuaba una correspondencia familiar con Voltaire y éste acudió a Potsdam, donde fue colmado de favores. La estancia de Voltaire en Potsdam confirmó sus sentimientos anticlericales. Federico el Grande, para ser rey de su siglo, tenía que claudicar de los sentimientos que había expuesto en su *Anti-Maquiavelo*, pero no tenía necesidad de transigir con la Iglesia romana porque era jefe de un país protestante.

De todos modos, Voltaire no pudo conformarse con la pequeña corte de semifilósofos que había reunido Federico en Potsdam en 1753, y escapó buscando refugio a Ginebra. Allí, a los sesenta años, tuvo por fin su propia mansión en Ferney. "Por experiencia me he convencido, a la larga, de que no vale la pena que uno deje su casa por cuanto se dice y se hace." Sus escritos lo habían enriquecido y supo acrecentar su fortuna con hábiles especulaciones. No una, sino cuatro casas abiertas mantuvo, a veces, Voltaire para escapar de una a otra si era perseguido. No cesó nunca en sus ataques, no transigió con el error ni se enfrió su odio contra la hipocresía y la superstición. Hasta su muerte fue agresivo, sarcástico e intencionado. Voltaire fue muy superior a los que después se llamaron volterianos: cínicos y escépticos. El atacaba de soslayo porque así creía hacer más daño que con un ataque de frente. Escribía con ironía porque lo creía más estratégico; no para gozarse riendo de la confusión que producían sus maliciosas alusiones. Cuando era conveniente emplear otra táctica, Voltaire se ponía serio y alqui-

laba abogados y pleiteaba en favor de los oprimidos. Por tres veces puso su reputación y su fortuna al servicio de pobres atropellados; fue tres veces Quijote, entremetiéndose, como Zola, en asuntos peligrosos, análogos al caso Dreyfus.

A continuación de Voltaire se menciona siempre a Rousseau, como si fueran dos genios gemelos que trabajaran asociados. Todo lo contrario. Rousseau pecó por excesiva franqueza, por demasiada sinceridad. Hijo de un pobre relojero de Ginebra, su madre murió al darle a luz y su padre apenas pudo ocuparse en su educación. Ginebra era entonces una república reducida casi al perímetro de sus murallas. Al salir de ellas, Rousseau se halló sin familia ni patria, y en su desamparo reconoció por patria, familia y bienes a la naturaleza. Los bosques, las montañas, los torrentes y el cielo fueron sus amigos y su tesoro. Después de vagabundear varios años, Rousseau encontró asilo en casa de una viuda despreocupada, madame de Warens, en Chambéry, que le concedió sus favores y le permitió gozar de la bellísima soledad de la Alta Saboya. Rousseau nos ha dejado en sus memorias *(Confesiones)* una descripción de los años pasados en compañía de madame de Warens, a quien llamaba la "mamá".

Empujado por madame de Warens, que experimentaba por Rousseau un sentimiento casi maternal, lanzóse él de nuevo a la vida aventurera y estuvo en Venecia, Turín, Montpeller y Lyon, curioseando, leyendo, pero sin conseguir de momento ningún cargo ni adquirir reputación. Vivía como un bohemio, amancebado con una moza de posada, Thérèse Levasseur, que fue su compañera hasta la muerte. En octubre de 1749, a los treinta y siete años de edad, debía parecer un simple soñador, fracasado, pues todavía no había publicado ni hecho nada que mereciera elogio. Pero en aquella fecha supo que la Academia de Dijon ofrecía un premio en metálico al mejor ensayo sobre si "el progreso de las ciencias y artes había contribui-



Madame Dubarry (Museo de Versalles), la mujer que recogió el afecto que Luis XV había sentido por la Pompadour.



Salón de las habitaciones de madame Dubarry en el palacio de Versalles.



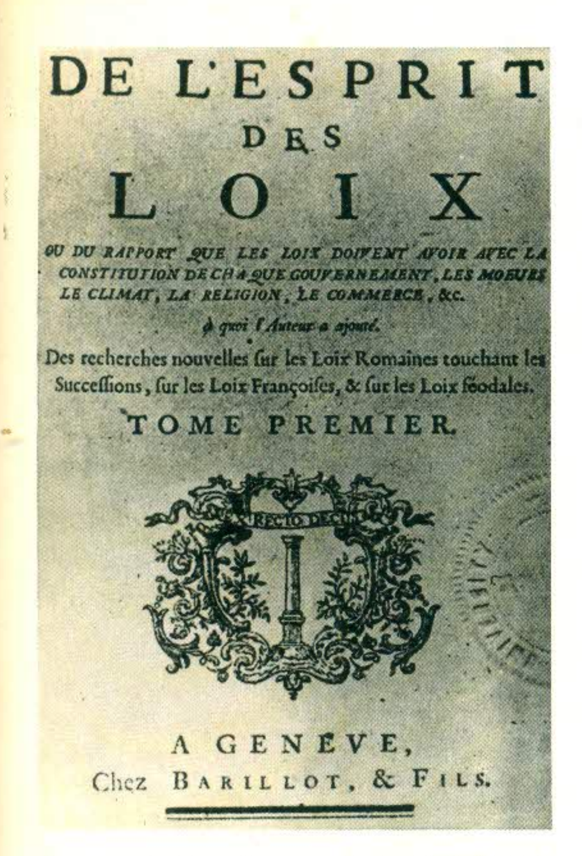
Hugo de Groot, llamado Grocio, autor del primer tratado de Derecho internacional (Rijksmuseum, Amsterdam).

do a corromper o a purificar las costumbres". Rousseau ganó el premio con una memoria que le hizo inmediatamente famoso. "No; el progreso –decía Rousseau– no había mejorado al hombre. El hombre primitivo vivía feliz e inocente. El hombre es naturalmente bueno. La civilización tan sólo ha proporcionado satisfacciones sensuales, estimulando el egoísmo y organizando la explotación social."

El discurso-sermón de Rousseau en favor del hombre natural y primitivo cayó en terreno propicio. Hasta la aristocracia, fatigada de la excitación vana y febril de Versalles, empezó a desear el nuevo deporte del primitivismo. En 1754, Rousseau publicó otra memoria, enviada también a la Academia de Dijon, sobre la *Desigualdad humana.* Esta vez ya no se atrevieron a premiarla. Las disonancias eran excesivas. Según Rousseau, la desigualdad era consecuencia de la propiedad privada. El estado, instituido para protegerla, había degenerado en el peor enemigo de aquellos a quienes tenía que proteger. Copiaremos algunos párrafos de esta obra, para que se haga cargo el lector de las estridencias de su estilo:

"El primero que cercó un terreno diciendo esto es mío y encontró gentes bastante simples para creerlo, fue el verdadero fun-





DE L'ESPRIT
DES
LOIX
OU DU RAPPORT QUE LES LOIX DOIVENT AVOIR AVEC LA CONSTITUTION DE CHAQUE GOUVERNEMENT, LES MOEURS, LE CLIMAT, LA RELIGION, LE COMMERCE, &c.
à quoi l'Auteur a ajouté
Des recherches nouvelles sur les Loix Romaines touchant les Successions, sur les Loix Françoises, & sur les Loix féodales.
TOME PREMIER.
A GENEVE,
Chez BARILLOT, & FILS.

Portada de la primera edición (1748) de la obra "De l'esprit des loix", de Charles-Louis Montesquieu, el escritor francés que pretendió haber descubierto las reglas, casi matemáticas, de la política.

dador de la sociedad civil. ¡Qué de crímenes, guerras, muertes, miserias y horrores se habrían evitado al género humano si alguien, arrancando las vallas, hubiera gritado a sus semejantes: –¡Cuidad bien de no escuchar a este impostor! Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!"

"Nadie podría decir: –Yo gané esta tierra con mi trabajo. Yo la cerqué. –¿Pero quién os ha dado los términos? ¿En virtud de qué trabajo queréis remuneración? ¿Ignoráis que la multitud de vuestros hermanos perece y sufre por falta de lo que os sobra a vosotros?" Estos gritos del Rousseau desheredado, huérfano y vagabundo, alcanzan apasionada elocuencia: "He aquí el pacto social entre el rico y el pobre: tú tienes necesidad de mí porque yo soy rico y tú estás en la miseria. Hagamos un convenio: yo permitiré que me sirvas con tal que me des lo poco que te queda. En cambio, yo voy a tomarme el trabajo de mandarte".

Como se ve, la "filosofía" de Rousseau iba más lejos de lo que hubieran querido los *filósofos* de su tiempo. Voltaire le escribe: "He recibido vuestro libro *contra* el género humano (el discurso acerca de la Desigualdad), y creo que agradará a las gentes, aunque sin corregirlas. No se puede pintar la sociedad con colores más sombríos, ni nunca se ha empleado tanto ingenio en desear que nos convirtamos en bestias. (Voltaire no creía que el hombre primitivo fuera modelo de perfección.) Leyendo vuestro libro dan ganas de andar a cuatro patas. Desgraciadamente hace ya sesenta años que perdí esta costumbre y dejo, por lo tanto, la posición natural (de cuadrúpedo) a los más dignos de ella que vos y yo...".

¡Qué contraste entre la fogosa elocuencia de Rousseau y la pirotecnia maliciosa de Voltaire!... Pero ambas producían igual resultado. A grandes brochazos o con fino pastel, se exhibía el escándalo de la sociedad monárquica. Ya no se hablaba del derecho divino de los reyes. Se podía discutir si el hombre primitivo fue salvaje o ángel; pero en lo importante (esto es, que el hombre actual era un miserable esclavo y que tenía de-

El despertar de Voltaire en Ferney, por Jean Huber (Museo Carnavalet, París). Voltaire fue el más malicioso de los "filósofos" franceses.



rechos que podía reclamar) no había discusión. Rousseau clamaba en alta voz: "El déspota sólo es amo mientras es fuerte, y en cuanto se le expulsa ya no tiene derecho a reclamar". Sobre todo, la aristocracia francesa era intolerablemente egoísta. "Las palabras de bien público, felicidad de los súbditos y gloria nacional –dice Rousseau– sirven para preparar al pueblo a obedecer órdenes funestas."

Más tarde, cuando tenía ya cincuenta años, precisamente el 1762, Rousseau publicó otro resumen menos apasionado de sus ideas políticas en el famoso *Contrato Social*. Al comenzar a esbozar aquel trabajo –que él pensaba que era el que establecería su reputación–, Rousseau lo había titulado *Instituciones políticas*.

Como a todos los grandes ingenios, a Rousseau no le espantaba contradecirse, y en el *Contrato Social* ya no es aquel Rousseau enemigo de la sociedad, que condena sin distinción, artes, letras y ciencias. Al contrario, el *Contrato Social* es una apología de la sociedad, hace el elogio de la vida política y acepta como un bien la ciudad. Por el *Contrato Social,* el individuo se desprende de algunos de sus derechos para reconocer la supremacía de la ley. Pero Rousseau no claudica enteramente. Al hombre civil después del *Contrato* le son confiados por el estado bienes materiales y propiedad sólo a título de precario y a cada momento revocables. Sin embargo, sería absurdo perder el tiempo tratando de explicar el sistema político que quiere defender Rousseau en su famoso libro. Su valor y su eficacia dependen, no de lo que dice, sino de cómo lo dice. He aquí el toque de diana con que empieza:

"El hombre ha nacido libre y está por todas partes encadenado. Aquel que se cree señor de los demás es un esclavo. –¿Cómo se ha efectuado este cambio? Lo ignoro. ¿Cómo puede legitimarse esta esclavitud? Voy a tratar de contestar a esta pregunta".

"Si yo no tuviera en cuenta más que la fuerza, yo diría: –Si un pueblo obedece porque está obligado a obedecer, hace bien; pero así que pueda desprenderse del yugo debe hacerlo, porque recobrando su libertad



Voltaire, anciano, por Houdon (Academia Francesa, París).

CLASICOS DEL TEATRO EUROPEO DE LOS SIGLOS XVII-XVIII

MIGUEL DE CERVANTES	1547-1616
FELIX LOPE DE VEGA	1562-1635
WILLIAM SHAKESPEARE	1564-1616
ALEXANDRE HARDY	1570-1632
TIRSO DE MOLINA	1571-1648
BEN JONSON	1573-1637
JOHN FLETCHER	1579-1625
JUAN R. DE ALARCON	1581-1639
FRANCIS BEAUMONT	1584-1616
PEDRO CALDERON DE LA BARCA	1600-1681
PIERRE CORNEILLE	1606-1684
MOLIERE	1622-1673
JEAN RACINE	1639-1699
CARLO GOLDONI	1707-1793
GOTTHOLD E. LESSING	1729-1781
CARON DE BEAUMARCHAIS	1732-1799
NICOLAS F. MORATIN	1737-1780
VITTORIO ALFIERI	1749-1803
JOHANN W. GOETHE	1749-1832
JOHANN CH. SCHILLER	1759-1805

Lengua castellana — Lengua francesa — Lengua inglesa — Lengua italiana — Lengua alemana

LOS "FILOSOFOS" OPINAN

Sobre Dios y la religión:

"No hay nadie que, al servirse de la razón, no necesite la asistencia de Dios; pues sin ésta, la razón es un guía que extravía: la filosofía puede así compararse a unos polvos tan corrosivos que, después de haber quemado la carne supurante de una herida, roen la carne viva y cariarían los huesos y llegarían hasta la medula. La filosofía empieza por refutar los errores, pero si no se detiene aquí, ataca las verdades" (PIERRE BAYLE).

"El primer objetivo de un hombre religioso, ¿acaso no debe ser el de complacer a la Divinidad qué ha establecido la religión que él profesa? Pero el medio más seguro para conseguirlo es, sin duda, observar las normas de la sociedad y los deberes de la humanidad; pues, sea cual fuere la religión en que se vive, dado que se admite una, hay que admitir también que Dios ama a los hombres, puesto que estableció una religión para hacerles felices; que, si ama a los hombres, podemos estar seguros de agradarle amándoles también, es decir, ejerciendo para con ellos todos los deberes de la caridad y de la humanidad, y no violando las leyes bajo las que viven" (MONTESQUIEU).

"Después de nuestra santa religión, que sin duda es la única buena, ¿cuál puede ser la menos mala? ¿No será acaso la más sencilla? ¿No será aquella que enseñe mucho de moral y muy poco de dogmas? ¿La que tienda a hacer justos a los hombres sin hacerles absurdos?... ¿No será aquella que no sostenga su creencia por medio de verdugos y que no inunde la tierra de sangre por sofismas ininteligibles?... ¿La que no enseñe más que la adoración de un Dios, la justicia, la tolerancia y la humanidad?" (VOLTAIRE).

"¿Un fenómeno nos parece por encima del hombre? En seguida decimos: Es la obra de un Dios; nuestra vanidad no se contenta con menos. ¿No podríamos poner en nuestros razonamientos un poco menos de orgullo y un poco más de filosofía? Si la naturaleza nos ofrece un nudo difícil de desatar, tengámosle por lo que es; y no nos sirvamos para cortarlo de la mano del ser que en seguida se convierte para nosotros en un nuevo nudo más indisoluble aún que el primero" (DENIS DIDEROT).

"Os confieso que la majestad de las Escrituras me sorprende, la santidad de los Evangelios habla a mi corazón... Sí, si la vida y la muerte de Sócrates son propias de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son propias de un Dios... Pero este mismo Evangelio está lleno de cosas increíbles, de cosas que repugnan a la razón, y que es imposible que un hombre sensato conciba y admita. ¿Qué hacer en medio de tantas contradicciones? Ser siempre modesto y circunspecto" (JEAN-JACQUES ROUSSEAU).

"La idea de Dios es el único error que no puedo perdonar a los hombres" (SADE).

Sobre los reyes y los gobiernos:

"Lo que hace la fuerza de la autoridad de los soberanos es que a menudo no es posible impedir el mal que hacen más que con un mal aún mayor, que es el peligro de la destrucción" (MONTESQUIEU).

"Concibo fácilmente, dijo el brahmán, que en la tierra haya muy pocas repúblicas. Raras veces los hombres son dignos de gobernarse a sí mismos. Esta dicha sólo corresponde a pueblos pequeños que se ocultan en islas o entre montañas, como conejos que evitan el trato de animales carniceros; pero a la larga son descubiertos y devorados" (VOLTAIRE).

"El soberano es la fuente de todo poder político y civil. No entiendo este razonamiento. A mi juicio, la fuente de todo poder político y civil es el consentimiento de la nación, representada por diputados o asambleas corporativas" (DIDEROT).

"Uno de los representantes de Júpiter en la tierra se levanta de la cama, él mismo se prepara su chocolate y su café, firma órdenes sin haberlas leído, ordena una cacería, vuelve del bosque, se cambia de ropa, se sienta a la mesa, se emborracha como Júpiter o como un faquín, se duerme sobre la misma almohada que su amante, y a eso llama gobernar su imperio" (DIDEROT).

"Definición de un gobierno despótico: un orden de cosas en el que el superior es vil y el inferior está envilecido" (CHAMFORT).

Sobre la guerra:

"Sin duda es un arte bellísimo este que arrasa los campos, destruye las viviendas y hace perecer, como término medio, de cada cien mil personas unas cuarenta mil cada año" (VOLTAIRE).

"La guerra ahoga la voz de la naturaleza, de la justicia, de la religión y de la humanidad. Sólo engendra rapiñas y crímenes; va acompañada por el espanto, el hambre y la desolación; desgarra el alma de las madres, de las esposas y de las hijas; arrasa los campos, despuebla las provincias y reduce a polvo las ciudades. Agota a los estados florecientes en medio de sus mayores triunfos; expone a los vencedores a los trágicos reveses de fortuna; corrompe las costumbres de todas las naciones y hace aún más miserables que a los que arrebata. Estos son los frutos de la guerra" (CABALLERO DE JAUCOURT en la *Enciclopedia*).

"No, no es con convulsiones peligrosas, no es con combates, con regicidios y con crímenes inútiles como conseguiremos que cicatricen las heridas de las naciones. Estos remedios violentos son siempre más crueles que los males que queremos hacer desaparecer. Sólo con la ayuda de la verdad podemos hacer que Astrea descienda entre los habitantes de la tierra. La voz de la razón no es ni sediciosa ni sanguinaria. Las reformas que propone, por ser lentas no son por ello menos adecuadas. Al ilustrarse, los hombres se suavizan" (HOLBACH).

"Las pasiones ciegas de los soberanos les llevan a extender los límites de sus estados; despreocupándose del bien de sus súbditos, sólo piensan en aumentar el número de hombres a quienes hacer desgraciados. Estas pasiones encendidas o mantenidas por ministros ambiciosos o por guerreros cuya profesión es incompatible con el reposo, han tenido en todos los tiempos los efectos más funestos para la humanidad. La historia sólo nos proporciona ejemplos de paces violadas, de guerras injustas y crueles, de campos devastados, de ciudades reducidas a ceniza" (artículo "Paz" en la *Enciclopedia*).

C. P.

con el mismo derecho con que se la han quitado, o tiene razón en recuperarla o no tenían razón los que aplicaron la fuerza para quitársela. Pero el orden social es un derecho sagrado que sirve de base a todos los demás, y este derecho social no procede de la Naturaleza, es producto de un contrato. Vamos a ver qué es este contrato social."

Estas furiosas invectivas se publicaban y leían como filosofía, pero iban elaborando



Capilla erigida a Dios por Voltaire en Ferney.

"Les Charmettes", casa de madame Warens, en Chambéry (Saboya), donde Rousseau pasó su juventud.

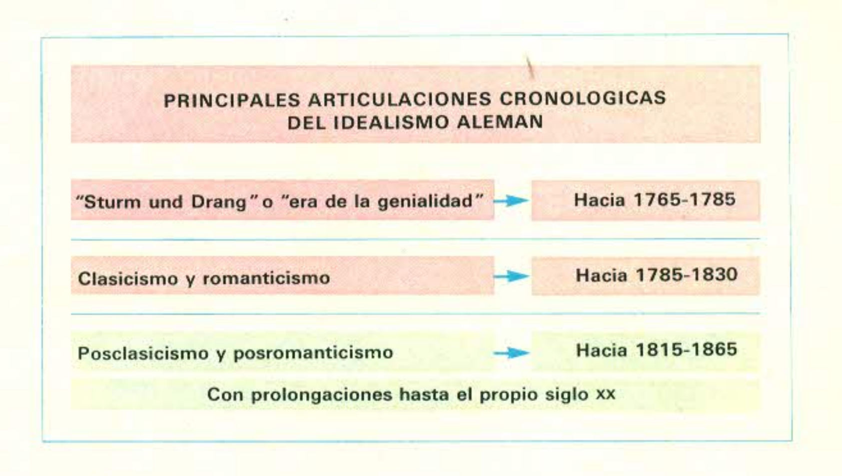


Jean-Jacques Rousseau, en una escultura del siglo XVIII (Museo Carnavalet, París).

la revolución. Además, Rousseau con otros escritos dio positivas normas de conducta, algunas de las cuales nos son todavía de gran utilidad. En la deliciosa novela sentimental *La nueva Eloísa* defendió el casamiento por amor, por libre elección y voluntad de los cónyuges, no por conveniencias de la familia, como se practicaba entonces. En el *Emilio* o la *Educación* dio un programa pedagógico para educar a un muchacho con arreglo a la razón y ateniéndose a las indicaciones que recibimos de la naturaleza. Predicaba la lactancia maternal; el desarrollo gradual de las facultades y, por consiguiente, la gradación de los estudios; la libertad del pensamiento, la religión cordial, directa, sin ritos complicados; la sencillez de bienes y de vida; el amor fraternal, universal, no reducido a la familia o a los compatriotas... Y, además, lo practicaba. Vivía en un *ermitage*, o en una isla, o en un refugio, o en los barrios bajos de París, sin preocuparse de amasar una fortuna ni de establecer

su cuartel general en una mansión que fuera suya. Pese a sus extrañezas y locuras (acabó realmente paranoico), Rousseau era adorado por las personas sensibles e inteligentes de su época, cuyas visitas le enojaban, y más enojo le daba todavía que quisieran honrarse concediéndole su protección.

Uno de los efectos de la "predicación" de Rousseau fue el que se ha llamado después retorno a la naturaleza. Sus escritos obligaron a estimar el paisaje, a querer la vida simple y natural de los campesinos, al extremo de tratar de imitarles hasta en sus defectos. El amigo y discípulo de Rousseau, el



PRINCIPALES ARTICULACIONES CRONOLOGICAS DEL IDEALISMO ALEMAN

"Sturm und Drang" o "era de la genialidad" →	Hacia 1765-1785
Clasicismo y romanticismo →	Hacia 1785-1830
Posclasicismo y posromanticismo →	Hacia 1815-1865
Con prolongaciones hasta el propio siglo XX	

Representación de "La nueva Eloísa", de Rousseau, por F. Hubert (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Rousseau, al paso que escribía obras como el "Contrato social", era autor de una literatura sentimental (como "La nueva Eloísa", en que defiende el matrimonio por amor) que dará origen a la literatura lacrimógena posterior. También fue creador del mito del "retorno a la naturaleza".

DOS CHIVOS EXPIATORIOS DEL SIGLO XVIII: LOS JESUITAS Y LA MASONERIA

Las causas del odio que la Compañía de Jesús se había atraído en los ambientes ilustrados del siglo son complejas, pero podrían sintetizarse en dos: su carácter de "milicia de la Iglesia", en primera línea del gran debate ideológico de la época, y el poder y la inmensa influencia que los jesuitas habían alcanzado en todo el mundo. Confesores de muchos monarcas europeos, entre otros de los reyes de Francia desde Enrique IV, con una importante red de prestigiosos colegios en los que se formaron no pocas de las grandes figuras intelectuales del siglo (Voltaire, Prévost, Diderot, Buffon, Morellet, Raynal), lanzados a empresas misionales de extraordinaria importancia y manejando cuantiosos fondos, en torno a ellos se creó el mito de una poderosa "secta" secreta que aspiraba a dominar el mundo sin reparar en los medios. Ya en el siglo XVII el clima antijesuítico fue muy fuerte en Francia, y la enconada disputa con los jansenistas, en la que finalmente triunfaron aunque a costa de perder muchas simpatías (recuérdese el famoso libelo antijesuítico de Pascal, *Las cartas provinciales,* en las que ataca la casuística acomodaticia que se atribuía a la orden), contribuyó a su descrédito.

Los "filósofos" tienden a ver en la Compañía el símbolo vivo del oscurantismo, el fanatismo y el afán de poder de la Iglesia, y no le ahorran ataques de todo género, mientras que la opinión pública le es cada vez más adversa y grandes sectores de la Iglesia francesa se enemistan también con ella al ser ganados a las ideas galicanas y ver, por tanto, en los jesuitas a los "agentes" del papa. Sin embargo, paradójicamente, en el siglo en que arrecia la campaña antijesuítica que culminará con la disolución de la orden, el papel de los discípulos de san Ignacio dista de ser, en conjunto, enteramente "retrógrado", y en ocasiones incluso pueden parecer más modernos y "avanzados" que los propios "filósofos" que los combatían en nombre de "las luces".

Si las publicaciones jesuíticas, como el famoso *Journal de Trévoux,* se opusieron en general a las innovaciones y atacaron con verdadera saña a la *Enciclopedia,* fueron muchos los jesuitas que adoptaron actitudes más comprensivas y abiertas, y Voltaire, por ejemplo, nunca dejó de mantener relaciones amistosas con sus antiguos maestros. En cuanto a los dos grandes escándalos del siglo que debían contribuir decisivamente a la pronta desaparición temporal de la orden, vistos desde el siglo XX parecen más bien indicios de vitalidad que de corrupción: el asunto de los ritos chinos muestra cómo los jesuitas se adelantaron en varios siglos a la visión actual de los problemas misionales, en el sentido de respetar la civilización de los pueblos paganos que querían evangelizar y de adaptarse en todo lo posible (en Roma se juzgó que se había ido demasiado lejos en este punto) a las costumbres y tradiciones del país; en cuanto a las reducciones del Paraguay, el llamado "reino jesuita" del Nuevo Mundo, con una organización que parece un anticipo del moderno comunismo, fueron muchos los "filósofos" que no les regatearon sus elogios: así, Voltaire (a pesar de las sarcásticas bromas de *Cándido*) en *El ensayo sobre las costumbres,* Montesquieu en *El espíritu de las leyes,* Buffon, D'Alembert, Raynal y otros, todos ellos nada sospechosos de simpatías clericales.

Otro escándalo mucho menor, pero infinitamente más justificado, el de la bancarrota, en 1760, del padre Lavalette, en palabras de un historiador católico "un sorprendente filibustero con sotana, que se había creado en las Antillas un pequeño imperio colonial", atizó los odios antijesuíticos, provocando la supresión de la Compañía en Francia (1762). Unos años antes, en 1759, los jesuitas habían sido expulsados de Portugal, y en abril de 1767 lo fueron de España. Los monarcas católicos de toda Europa pidieron al papa que disolviera la orden, y así lo hizo Clemente XIV en 1773, y si el decreto no se aplicó en todo el continente fue debido a la oposición de un rey herético (Federico II de Prusia) y de una emperatriz cismática (Catalina II de Rusia) que acogieron en sus estados a muchos de los padres dispersados. Los "filósofos", representados por D'Alembert *(Mémoires sur la destruction des jésuites,* 1765), cantan victoria, pero Voltaire se muestra más circunspecto: acoge en sus propiedades a varios de los fugitivos y recuerda a D'Alembert, no sin ironía, el refrán de que es mejor malo conocido que bueno por conocer.

El mito de la francmasonería como sociedad secreta con fines subversivos y anticristianos, de signo opuesto al del "poder jesuita", no cuaja plenamente hasta el siglo XIX, pero sus elementos principales aparecen ya en el XVIII. Cuando las antiguas corporaciones de albañiles de la Edad Media, que guardaban celosamente sus secretos profesionales y admitían como afiliados a grandes señores curiosos, se convirtieron en la masonería filosófica o "especulativa", cristalizó en las logias esa actitud de tipo racionalista y deísta, que favorecía las ideas de libertad e igualdad, pero sin ningún carácter específicamente anticristiano.

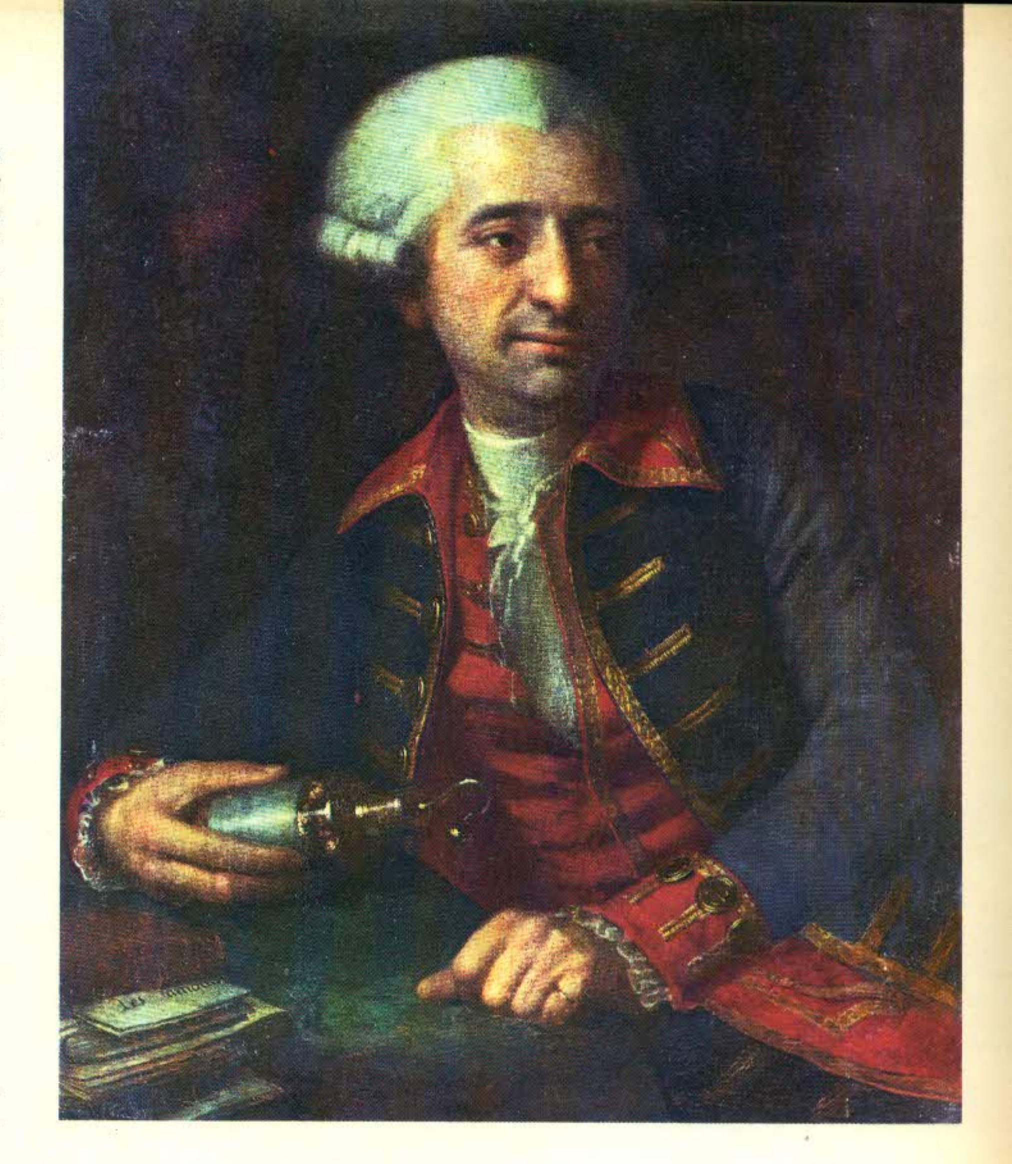
El papa Clemente XII condenó la francmasonería en 1738, condenación renovada en 1751 por Benedicto XIV, pero ello no impidió que, excepto en España y Portugal, donde la Inquisición perseguía a los masones, en casi todos los países estas bulas se consideraran como letra muerta (en Francia, por la razón legal de que no habían sido refrendadas por el Parlamento de París) y los hermanos pudieron reunirse casi abiertamente incluso en la propia ciudad de Roma. A lo largo de todo el XVIII (e incluso principios del XIX) fueron muchos los católicos adeptos de la masonería, que, haciendo caso omiso de las disposiciones pontificias, seguían convencidos de su carácter religioso o, por lo menos, innocuo desde este punto de vista; y no sólo simples fieles, sino incluso muchos clérigos y miembros del alto clero. En Francia, en vísperas de la Revolución, entre los "venerables" abundaban los clérigos, los canónigos y los benedictinos, y la logia *L'Amitié à l'Epreuve,* de Narbona, en 1782 estaba compuesta exclusivamente por miembros del clero.

Respecto a su peligrosidad social, hay que recordar que de las logias francesas (que en 1776 eran unas 300, agrupando a unos 30.000 hermanos) salieron muchos promotores de reformas e incluso de ideas revolucionarias: a fines del siglo, Sieyès, Desmoulins, Danton, Talleyrand, Mirabeau, Felipe Igualdad, Marat y Robespierre, entre otros, pertenecían a la francmasonería, pero, contra lo que suele creerse, fueron relativamente muy pocos los "filósofos" afiliados a ella (Montesquieu, Helvétius, Mably, Condorcet, Voltaire pocos días antes de su muerte, a los 84 años)... Carece también de fundamento la suposición de que la *Enciclopedia* fue una empresa masónica (de sus 150 redactores, sólo unos diez eran masones). Los datos conocidos permiten afirmar que en las logias de esta época tanto los extremistas políticos como los ateos eran una minoría muy escasa.

C. P.



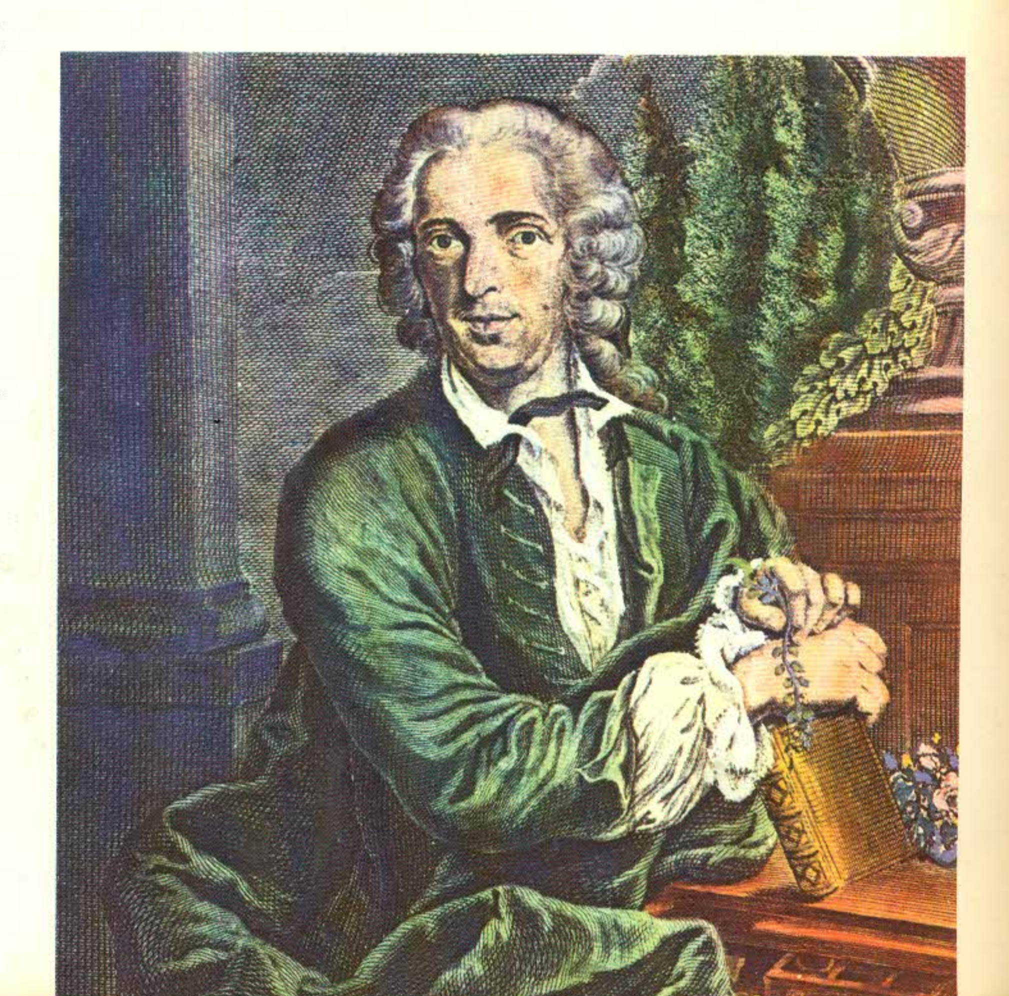
A.-L. Lavoisier, por Brossard de Baulieu (Museo de Versalles). Este notable químico francés estudió sobre todo las oxidaciones y después la respiración de los animales. Además de sus actividades científicas, formó parte del cuerpo de recaudadores de impuestos, cuyos componentes fueron detenidos, cuando la Revolución francesa, por la Convención, y Lavoisier fue condenado a muerte y ejecutado.



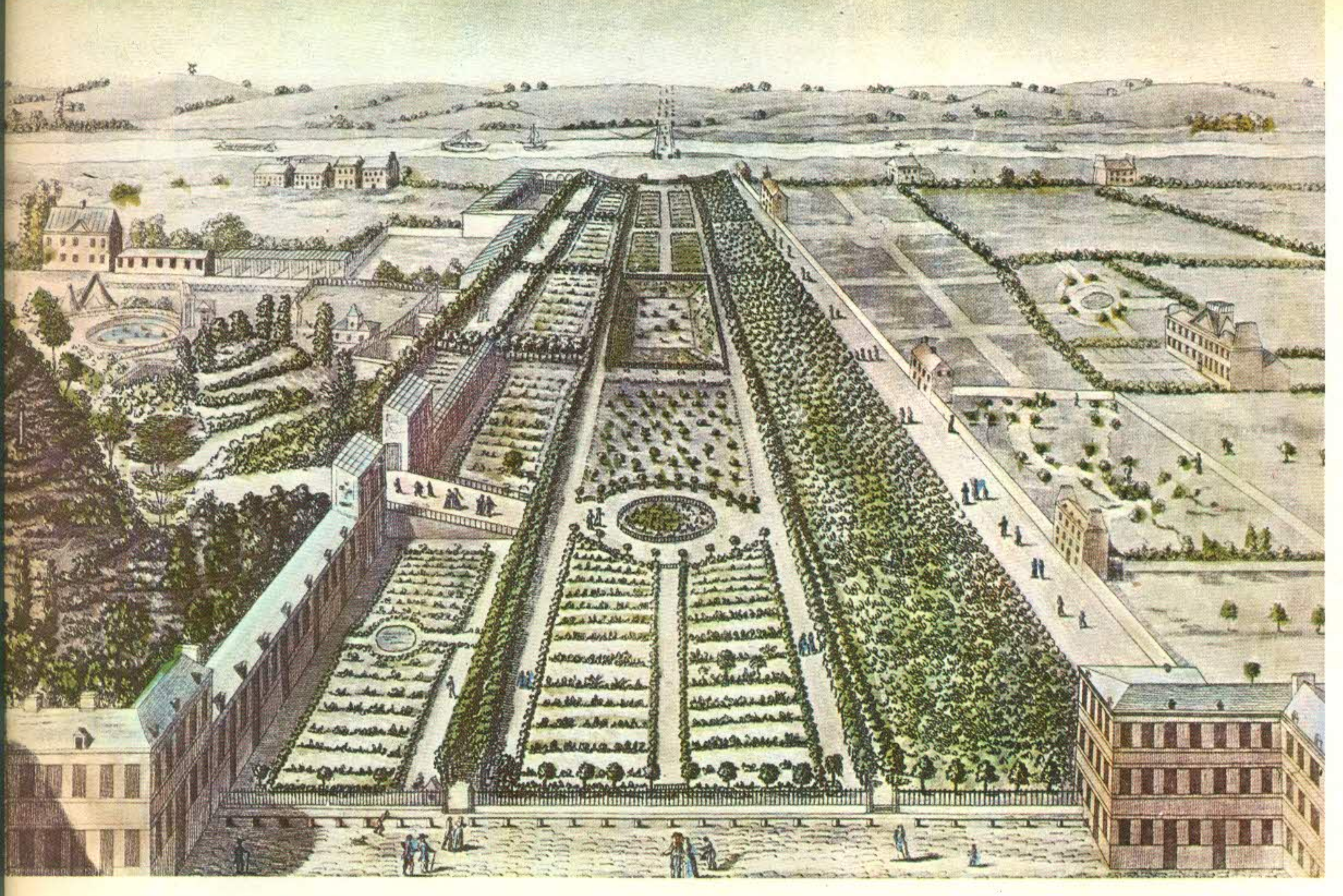
abate Bernardino de Saint-Pierre, extremó la nota con su novelita *Pablo y Virginia*. El peligro que entrañaba esta vuelta a la rusticidad y simplicidad era de que en lugar del entusiasmo apasionado y masculino de Rousseau por la vida natural y sana, se cayera en un huero romanticismo. La filosofía se convertía en novela.

Mientras Voltaire y Rousseau ponían en la picota los principios elementales de la sociedad humana, haciendo antropología, sociología o ciencia política, los verdaderos científicos arrancaban nuevos secretos a la materia, que hasta Newton había parecido su eterna y misteriosa enemiga.

Cavendish, en Inglaterra, el descubridor del hidrógeno, describió con minuciosa precisión sus caracteres físicos y químicos. Priestley descubrió el oxígeno y Lavoisier completó el descubrimiento explicando el fenómeno de la combustión y la parte que desempeña el oxígeno en la respiración. El fenómeno de que al arder los cuerpos consumiesen aire había preocupado ya a Priestley. Observó que una candela ordinaria consumía un galón de aire (cuatro litros y medio) por minuto. Y así dice Priestley: "Considerando la enorme cantidad de aire que necesitarán los volcanes y fuegos de toda clase, es un asunto digno de investigación filosófica descubrir cómo repara la Naturaleza el daño que recibe por estos medios". Priestley encontró la solución: las plantas regeneraban el aire viciado, pero creyó que lo hacían



Carlos de Linneo (Carl von Linné), el científico sueco que intentó establecer una sistemática natural de los seres vivos. Su "Systema naturae" es la base de la taxonomía zoológica, del mismo modo que "Species plantarum" es el punto de partida de la nomenclatura botánica. Uno de sus mayores méritos consiste en haber ideado la nomenclatura binaria. (Biblioteca Nacional, París.)



El "Jardin des Plantes" a finales del siglo XVIII, después de las ampliaciones de Buffon (Biblioteca Nacional, París).

desflogisticando los vapores, lo que era tanto como no explicarlo, porque las palabras *flogisto* y *flogisticar* eran para los químicos de entonces tan misteriosas como para nosotros.

Lavoisier observó que al arder el fósforo, el ácido formado por la combustión pesa más de lo que pesaba el fósforo, y el exceso de peso no podía ser otro que el oxígeno tomado del aire y añadido al fósforo. La respiración era otra combustión. El aire al salir de los pulmones no era ya aire, sino bióxido de carbono y agua.

Las ciencias naturales recibieron una ayuda extraordinaria con la simple idea de Linneo de clasificar los seres vivos valiéndose de dos nombres, uno genérico y otro específico. Linneo estudió mayormente las plantas y aceptó el famoso axioma: *Natura non facit saltus,* esto es, que las especies no se transforman o evolucionan bruscamente, sino por gradaciones llamadas anillos de tránsito. Linneo fundó su sistema de clasificación en la flor, exagerando en gran manera la importancia de este órgano, como si el resto de la planta casi no fuese digno de atención.

La obra de Linneo en Suecia fue continuada en Francia por Buffon. Este era, además, un gran escritor, que se apasionaba

EL REDESCUBRIMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD CLASICA Y LA APARICION DEL NEOCLASICISMO

1709 Descubrimiento de las ruinas de Herculano.
1748 Hallazgo de las ruinas de Pompeya.
1750 Publicación de los resultados de las investigaciones de Dawkins y Wood en Palmira y Baalbek.
1755 Aparición de las "Reflexiones sobre la imitación de las obras de arte de Grecia" por Johann Joachim Winckelmann (1717-1768).
1763 Winckelmann, comisario de las antigüedades romanas y bibliotecario del Vaticano.
1764 Winckelmann: "Historia del arte en la Antigüedad".
1764-1790 Construcción del Panteón, en París, por Soufflot.
1766 Lessing: "Laocoonte".
1767 Edición de los trabajos arqueológicos realizados en Paestum.

por el estilo. Insiste en la necesidad "de acumular hechos para inferir ideas que sean su consecuencia". Aludiendo a Linneo, desprecia a los naturalistas que se contentan con clasificar y dar nombres a las especies. "La Naturaleza –dice Buffon– trabaja con un plan eterno que no abandona jamás." El descubrir o adivinar este plan es la obra del naturalista. Buffon se arriesga a lanzar ideas que hoy llamaríamos hipótesis, pero que hacen decir a Voltaire que su *Historia Natural* es una novela. He aquí el resultado: lo que en Suecia se reducía a una simple ciencia de clasificación con Linneo, en Francia se convertía en filosofía peligrosa hasta a juicio de Voltaire. Condorcet dice: "Acaso Buffon ha pensado que el mejor método de destruir los errores de la metafísica y la moral era multiplicar las verdades obtenidas con la observación en las ciencias naturales". En lugar de combatir al hombre terco en su ignorancia, prefirió inspirarle el deseo de instruirse.

Todos estos nuevos conceptos, y muchísimos más, fueron incorporados en el gran diccionario, tendencioso, "filosófico", llamado *Enciclopedia*.

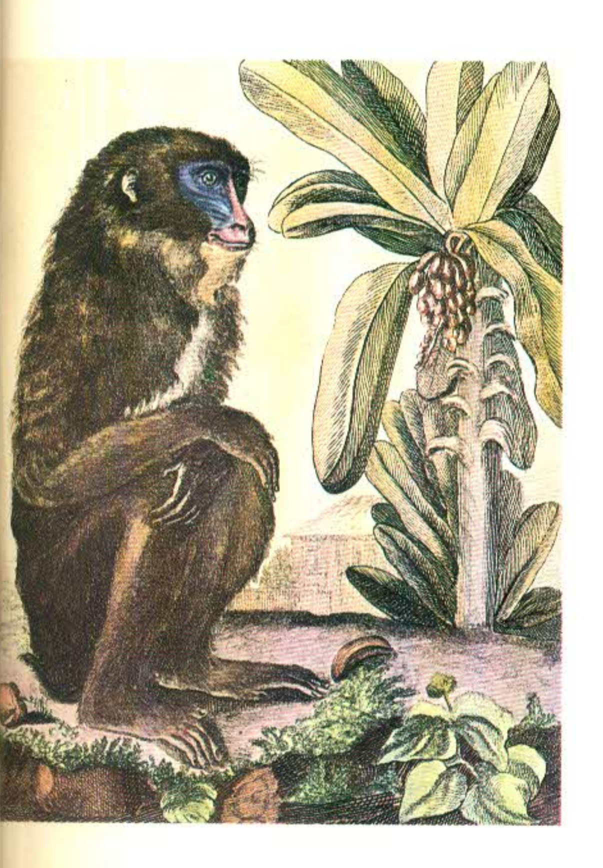
La idea de archivar en volúmenes por orden alfabético la entera perspectiva del conocimiento humano había venido también de Inglaterra. Los libreros de París pensaron hacer un negocio editorial adaptando al gusto del público francés la traducción de la *Enciclopedia* de Chambers, publicada en 1728.



Denis Diderot, según grabado de la Biblioteca Nacional de París. Recibió, junto con D'Alembert, la dirección de la "Enciclopedia", para la que consiguieron la colaboración de las mejores plumas de la época. En esta obra trabajó durante veinte años, a ella dedicó todos sus esfuerzos y llegó a ser el alma de la misma. Escribió novelas, pensamientos filosóficos, dramas para el teatro y hasta críticas de las exposiciones de pintura.

Pero encargaron la dirección a Diderot y D'Alembert, dos filósofos que en seguida comprendieron la tremenda oportunidad de difundir las ideas nuevas, y más que una obra científica hicieron un libro de propaganda. Los colaboradores fueron Voltaire, Rousseau, Buffon, Helvecio, Condillac y el *abbé* Raynal, para citar tan sólo los nombres de los más conocidos.

Los editores, por otra parte, no ocultaban sus propósitos. En el *Discurso preliminar* de D'Alembert se dice bien claro que la *Enciclopedia* iba a ser un *Diccionario razonado*, y jugando con la palabra razonar se dice que no se aceptará lo que diga la tradición y la autoridad, sino sólo lo que acepte la razón. Los maestros no serán Aristóteles ni Tomás, sino Descartes, Newton y Locke... Ellos han probado que la certidumbre nace del raciocinio y que la historia humana es el progreso de la inteligencia. La *Enciclopedia* no podía ser intentada más que en un "siglo filosófico", y éste era, según creían Diderot y D'Alembert, el siglo XVIII.



Mandril, del cuaderno de animales de Buffon, el naturalista francés continuador de la obra de Linneo (Biblioteca Nacional, París).

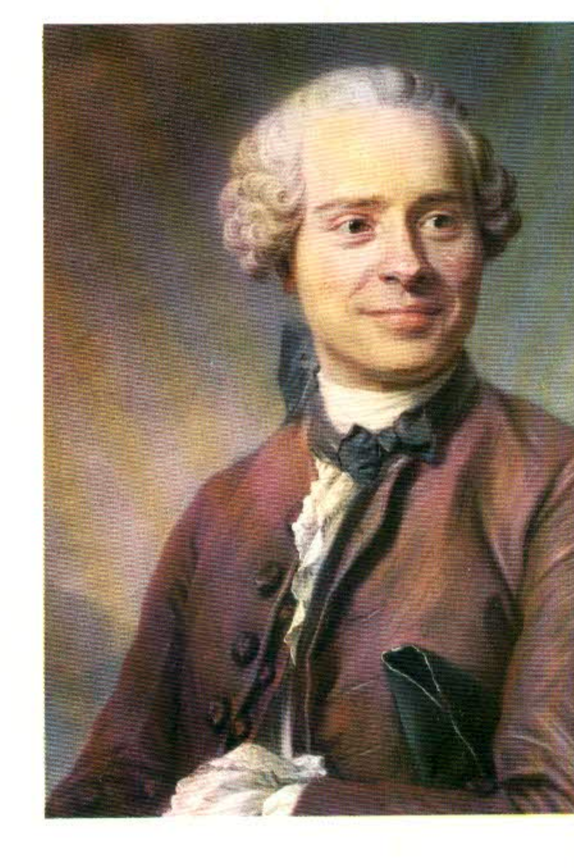
Lo gracioso de la *Enciclopedia* es que algunos artículos estaban redactados por espíritus tan finos, que no se sabe si hablan seriamente o si se burlan de los grandes títulos que tratan de explicar. Capítulos como los que explican las palabras *Dios, Religión, Fe,* producían un efecto corrosivo bajo una apariencia de imparcialidad. Esto produjo gran revuelo y llegó a prohibirse la publicación de la *Enciclopedia*. Pero, a pesar de ello, fue saliendo con pie de imprenta falso en el propio París, hasta su terminación.

El efecto de la prohibición fue sólo enfriar a algunos colaboradores; otros, como Voltaire, se cansaron pronto. Tenían su obra personal que les absorbía casi completamente. Desde el cuarto volumen la *Enciclopedia* puede decirse que fue redactada casi enteramente por Diderot, que hizo de ella la ocupación de toda su vida.

Algunos de los hombres de ciencia de que hemos hablado pueden considerarse ya como intermedios, como puentes, entre dos centurias. Lavoisier fue guillotinado por la Revolución, pero su viuda casó con otro químico y continuó desempeñando el papel de inspiradora del progreso científico hasta principios del siglo XIX. ¡Qué no hubiera podido hacer Lavoisier!

Volta, el descubridor de la electricidad, o por lo menos de algunas de sus propiedades, nació en Como en 1745 y murió en 1827. Consiguió producir la primera corriente eléctrica permanente. Puede decirse también que es el inventor de la pila eléctrica. La ciencia le ha recompensado llamando voltio a cierta unidad eléctrica.

Contrastando con Volta, metódico y científico a la vez, a fines del siglo XVIII apareció el genial charlatán Franz Anton Mesmer. Era



Jean le Rond d'Alembert, por Quentin-Latour (Museo del Louvre, París). Físico y matemático, empezó, junto con Diderot, a dirigir la "Enciclopedia", para la que escribió el "Discurso preliminar" (1751). Intimidado por la oposición que la publicación de aquella obra suscitó, abandonó la empresa el año 1759. Escribió obras filosóficas y de física.

EL DESARROLLO DE LA PRENSA EN INGLATERRA

SU APARICIÓN

La Prensa inglesa se desarrolla libremente –cualquier persona puede fundar un periódico, no hay censura–, respondiendo a las necesidades de información política –en un país con régimen parlamentario–, financiera y cultural.

SU DIFUSIÓN

Las publicaciones pronto alcanzan ritmo semanal y desde 1702 hay diarios. Diversos tipos de periódicos: políticos, gacetas morales, hojas de anuncios, etc. La variedad de formatos, el número, el bajo precio –algunos eran una simple hoja–, hacen que la Prensa se cree un público muy amplio y llegue a las clases inferiores.

LA PRENSA POLÍTICA

Inicio de una influencia real de la Prensa sobre el público –con autores como Defoe, Swift y Fielding– y comienzo de la utilización política de esta influencia.

REACCIÓN GUBERNAMENTAL

PRESIÓN FISCAL

Ley del Timbre: grava a los periódicos con una carga adicional elevada.

ORGANIZACIÓN DE LA COMPETENCIA

Subvención gubernamental a periódicos favorables; inspiración directa de periódicos gubernamentales.

PERSECUCIÓN JUDICIAL

Prohibición de escribir sobre los debates parlamentarios: sometimiento de los periodistas a una jurisdicción especial.

PRENSA INDEPENDIENTE

SELECCION COMPETITIVA

La ley del Timbre hace desaparecer los pequeños periódicos, pero favorece a los más fuertes, pues les permite ampliar su público.

FINANCIAMIENTO PROPIO

Los periódicos buscan en las fortunas privadas y en la inserción de publicidad un medio económico de subsistencia.

INFORMACIÓN EN CLAVES

Es el caso de Swift, quien, al transcribir las discusiones del Parlamento de Liliput, refiere a un público de "enterados" los problemas de la Cámara de los Comunes.

La administración del Estado es criticada abiertamente. Medidas represivas de los magistrados londinenses (1751, asunto Wilkes, etc.). La presión popular es favorable a los periodistas.

LEGISLACIÓN DE 1792

Los periodistas no estarán sometidos ni a una ley de excepción ni a jurisdicciones especiales. En asuntos de Prensa, la decisión corresponde a los tribunales ordinarios.

Ilustración de la "Enciclopedia", la obra de los "filósofos" que había de difundir las nuevas ideas en lo que había de ser el compendio de todo el conocimiento humano de la época.

austríaco, pero residió en París largo tiempo. Arrancando del principio disparatado de que los cuerpos celestes influyen en los seres vivos, en realidad descubrió Mesmer el hipnotismo. La popularidad de Mesmer y sus "tratamientos" de la neurosis de la época, la enfermedad de agotamiento y fatiga características del "fin de siglo", ocasionaron una polémica entre los hombres de ciencia liberales y los eclesiásticos, que obligó a pensar y en cierto modo contribuyó a preparar los progresos de la psicología patológica del siglo XIX.

Por fin, podríamos incluir en este capítulo los primeros intentos de aeronáutica de los hermanos Montgolfier, quienes consiguieron interesar a la corte con sus experimentos. En 1782 uno de los Montgolfier se elevó por primera vez en el aire con un globo aerostático. En aquella ascensión le acompañaban dos individuos más. Icaro había sido superado.



Los hermanos Joseph-Michel y Jacques-Etienne Montgolfier, realizadores de los primeros intentos de aeronáutica.

BIBLIOGRAFIA

Gershoy, L.	*L'Europe des princes éclairés. 1763-1789,* París, 1966.
Hazard, P.	*El pensamiento europeo en el siglo XVIII, de Montesquieu a Lessing,* Madrid, 1952.
Mauzi, R. M.	*L'idée de bonheur dans la littérature et la pensée française au XVIIIe siècle,* París, 1960.
Mornet, D.	*La pensée française au XVIIIe siècle,* París, 1956.
Mousnier, R.; Labrousse, E.; Bouloisseau, M.	*El siglo XVIII. Revolución intelectual, técnica y política,* en "Historia de las civilizaciones", tomo V, Barcelona, 1963.
Pomeau, R.	*L'Europe des lumières. Cosmopolitisme et unité européenne au XVIIIe siècle,* París, 1966.
Saulnier, V. L.	*La littérature française du siècle philosophique,* París, 1961.
Textes	*choisis de "L'Encyclopédie". Introduction et commentaires par Albert Soboul,* París, 1962.
Voltaire	*Obras,* Barcelona, 1968.



Representación de la elevación de un globo montgolfier que se efectuó en 1783 (Museo Lázaro Galdiano, Madrid).